

ROSALINDA,
LA FLOR MÁS
FEA



**Valerian
Émar**



Rosalinda, la flor más fea

Valeriam Émar

A Él, mi amigo, todas las menciones

Copyright © 2017 Valeriam Émar

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, fotocopias o difusión a través de internet sin autorización previa del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. DIVERTIRSE NO ES UN PUNTO APARTE

2. NOCHE DE COPAS

3. EL NUEVO

4. EL CANDIDATO

5. TRABAJAR CON EL ENEMIGO

6. REVANCHA

7. LA CITA

8. COMPETENCIA DESLEAL

9. SU VIDA EN RUINA

10. MENTIRA PIADOSA

11. UN VIAJE A LA PLAYA

12. BARBACOA ACCIDENTADA

13. LA BOTELLA DE LA VERDAD

14. LA LLAMADA

15. HERIDAS QUE NO CICATRISAN

16. VOLVIENDO A LA NORMALIDAD

17. EL NUEVO DIRECTOR

18. LA VALENTÍA ES UNA CUALIDAD

19. NADA ESTÁ PERDIDO

EPÍLOGO

PRÓLOGO

SU MENTE le pedía que se levantara del pupitre y les gritara a los bravucones de sus compañeros del instituto que soltaran su mochila, pero su cuerpo tenía su propia ley y sus pies se habían anclado en el suelo. Y ella ahora tendría que ingeniársela para bajar su bolso de la paleta del ventilador. Su madre supo decirle que ese era el precio que debía pagar por ser una niña aplicada e inteligente. Que le esperaba un futuro brillante y que esos niños que se reían de ella terminarían siendo unos alcohólico y holgazanes. Similares a los tipos de hombres que a su madre le gustaba. Respiró hondo. Solo le faltaba un año para salir a buscar ese futuro.

Sabía que no era una adolescente normal de dieciséis años, mientras que sus compañeras salían de fiesta y presumían a los chicos, ella pasaba tiempo en el sótano de su casa haciendo experimentos científicos. Una vez Violette tuvo que llamar a los bomberos cuando mezcló químicos que no eran muy amigos y el sótano empezó a incendiarse. Para su desgracia, a su rareza también debía agregarle su fealdad. Tal vez si hubiera nacido con más belleza, ella no hubiera sido el centro de las burlas y las bromas en los últimos dos años. Solo a los raros le robaran su ropa mientras se duchaba después de las clases de gimnasia.

Cerró los ojos y esperó paciente a que tocaran la campana y que el profesor ingresara a la clase y acabara con las risas hacia ella.

—¿Quieres de vuelta tu mochila, Rosalinda? —le preguntó Thomas.

Ella asintió con la cabeza. Thomas McBelle era el hijo de un importante abogado con aspiraciones a la política, se había oído que el señor McBelle iba a postularse a un cargo en las próximas elecciones. Thomas había sido su compañero de ciencia por un semestre, antes de que ella se transformara en el bicho raro. Él no había soportado la presión de sus amigos cuando lo veían a un lado de ella. En esa época había conocido lo que era el amor adolescente. Él había acaparado todos sus pensamientos, hasta que se convirtió en el patán mimado que venía de una buena familia, que se sentía mejor humillando a las personas que no eran de su clase. Pero Violette, su madre, se había equivocado con Thomas McBelle. Él también tenía un futuro brillante. Thomas era guapo, inteligente y un buen deportista.

—No te oí, Rosalinda ¿quieres tu mochila sí o no?

Ella abrió los ojos.

—Sí, quiero que me devuelvan mi mochila, Thomas.

«La ratita de laboratorio quiere su mochila», susurró Alison entre risitas. Alison pertenecía a la misma casta que Thomas. «Los bendecidos». Bendecidos de belleza, popularidad y podían darse el lujo de viajar hacia donde quisieran y tener todo lo que deseaban.

Thomas miró hacia el techo y levantó una mano hacia arriba.

—Está muy alto, no alcanzo —se mofó—. Pero si... enciende el ventilador Ben —se inclinó hacia ella y agregó—: Así la bajaremos más rápido.

—¡No! —Chilló, levantándose del pupitre y se subió las gafas un poco más por encima del tabique de la nariz—. No enciendas el ventilador, Ben.

Tarde. Ben había encendido el ventilador y su mochila voló por el aire y todas sus cosas se

desparramaron. Dejaron de reírse cuando su profesor de literatura ingresó a la clase. Ella se agachó para recoger sus cosas y guardarla nuevamente en la mochila.

—¿De quién es esto? —preguntó su profesor.

Alzó la vista y observó a su profesor enseñando una toallita femenina. Sus mejillas ardieron de vergüenza.

—Es de Rosalinda —respondió Alison.

Su profesor la miró de golpe.

—¿Es tuya Rosalinda? —replicó él.

Ella asintió con la cabeza y todos comenzaron a reírse. Quiso que la tierra se abriera y la tragara. Miró a su alrededor y solo veía la pizarra que decía: «Rosalinda, la flor más fea». Los ojos se le llenaron de lágrimas y quiso desaparecer. Salió corriendo de la clase con un solo pensamiento: Thomas Mcbelle pagaría caro lo que le había hecho.

1. DIVERTIRSE NO ES UN PUNTO APARTE

Quince años después...

OTRA VEZ su madre había dejado puesta la llave en la cerradura. Eso significaba que estaba de visitas. Golpeó la puerta con el puño cerrado para que le abriera. Maldijo el momento en el que decidió darle un juego de llaves de su departamento. Frunció el ceño cuando Violette Cooper le abrió.

—¿Llevas puesta mi bata, mamá?

Violette le sonrió por encima de la copa del martini.

—Puse a lavar mi ropa y no tenía que ponerme —respondió—. Andaba cerca y no quise irme sin saludar a mi pequeña galletita.

Puso los ojos en blanco cuando su madre la abrazó. Violette se había escapado de su casa cuando quedó embarazada siendo una adolescente y desde entonces, su vida había sido toda una aventura. Eran ellas dos contra el mundo. Cuando cumplió once años le imploró que se instalaran en un solo lugar, se había cansado de mudarse de un lado a otro todo el tiempo. A pesar de que a Violette le gustaba divertirse y hacer largos viajes por la carretera, decidió complacer a su pequeña galletita y se quedaron en Londres hasta que ella terminó sus estudios, luego ingresó a la universidad y Violette siguió con sus aventuras.

—¿Planeas quedarte mucho tiempo? —le preguntó.

Violette le desprendió el primer botón de la camisa.

—Deberías enseñar más piel, galletita.

Ella resopló.

—Rosa, mamá, deberías empezar a llamarme por mi nombre.

Contó hasta tres cuando ingresó a la sala y observó el desastre que le había dejado en las pocas horas que había estado en su departamento. Siempre había tenido que ocuparse de su madre y actuar como una persona adulta y responsable. Su estado emocional era muy cambiante, Violette podía pasar de la alegría, a la tristeza absoluta en cuestión de segundos y viceversa. Era una hermosa mujer que no aparentaba sus cuarenta y siete años, nadie les creía cuando decían que eran madre e hija. Para su mala suerte, no había sacado ningún rasgo de Violette, probablemente se parecía a su padre.

—Relájate un poco, Rosa —le pidió con una sonrisa amplia—. Estoy preparando martini, ¿quieres uno?

Ella asintió con la cabeza. Dejó su bolso sobre el sofá y se sentó en el taburete que estaba delante de la barra de la cocina.

—¿Mike también vino a la ciudad? —quiso saber.

Mike era una de las tantas parejas que había tenido Violette y el que más le estaba durando.

—No lo menciones, Rosa —repuso a secas—. Hemos terminado —concluyó, arrojando una aceituna en la copa.

Había creído que Mike sería el definitivo. Cada vez que los veía juntos, parecían estar completamente enamorados. Mike había sido el único hombre que había logrado calmar las locuras de

Violette. Tal vez ayudaba que ambos fueran tan diferentes. Mike era un respetado profesor de matemáticas y su madre una belleza que lo hacía divertir.

Bebió un sorbo de martini y dejó la copa sobre la barra.

—Mike es un buen hombre, mamá ¿por qué lo has dejado?

Violette llenó su copa con la bebida y la miró como si la hubiera ofendido.

—¿Por qué me haces responsable de la ruptura, galletita?

—Porque no sería la primera vez que lo hicieras —replicó.

El labio inferior de Violette empezó a temblar.

—Mike me está engañando con una de sus alumnas —dijo, al borde del llanto—. ¿Sabes qué significa eso? Que no puedo competir con alguien más joven. ¡Estoy vieja Rosa!

Ella se levantó del taburete, rodeó la barra y abrazó a Violette.

—No estás vieja, mamá —masculló—. Ya decía yo que eras mucha mujer para un enano, barrigón y pelado.

Violette se sorbió la nariz con el dorso de la mano.

—Siempre tuve debilidad por los feos...

—Ni me lo digas, me veo en el espejo todas las mañanas —se mofó.

Violette ahuecó una mano en su mejilla.

—Pero tú no eres fea, galletita.

Su madre se negaba aceptar que ella no había heredado ningún gen suyo. Hubo un tiempo hasta que dudó ser hija de Violette. Pero desechó esa idea cuando se hizo un ADN como trabajo práctico en la universidad y el resultado fue de noventa y nueve coma nueve por ciento de compatibilidad.

—A veces no puedo creer que de mí haya salido una hija tan inteligente —continuó—. Eres mi orgullo, galletita, disfruto decirle a todo el mundo que tengo una hija científica que pronto eliminará las arrugas.

Ella sacudió la cabeza y sonrió.

El teléfono de Violette empezó a vibrar y supo que era Mike por el modo cómo su rostro se transfiguró.

—¿No vas a atenderlo? —le preguntó.

Violette apagó el aparato y lo metió en el horno.

—No —dijo—. Que llame a su alumna.

Ella frunció el ceño.

—¿Estás segura que Mike te engaña?

Él parecía muy distinto a los hombres con los que había salido Violette.

—Sí, Rosa, lo estoy —afirmó—. Lo vi hablando con ella de un modo extraño y luego me negó que la hubiera visto, sumado a las llamadas que él tenía y no quería que yo oyera.

—No te preocupes, mamá, pronto encontrarás a un hombre que de verdad te merezca —la animó.

Violette negó con la cabeza.

—No quiero más hombres, Rosa —dijo—. De ahora en adelante, solo quiero pasar más tiempo con mi hija.

Sus cejas se enarcaron. Eso no se oía nada bien.

—¿Más tiempo?

—Sí, Rosa, tu vida amorosa es un desastre y quiero ayudarte.

Ella se atragantó con el martini.

—¡Oh, no! —Gruñó—. Ni lo pienses mamá. Así como estoy, me siento muy bien. No necesito de un hombre, con la ciencia me es suficiente.

Violette se cruzó de brazos y ladeó la cabeza hacia un costado.

—Necesitas enamorarte, Rosa, acabas de cumplir treinta y un años, y todavía sigues sola. Quiero tener nietos y sí sigues en esos pasos, nunca los tendré —le reprochó—. Por eso he decidido que viviré contigo hasta que te encuentre una pareja.

¿Vivir con ella? Tal vez había escuchado mal. Se aclaró la garganta.

—¿Cómo has dicho?

—Será como en las viejas épocas, galletita —unió las manos y aplaudió—. Ya puedo ver cómo vamos a divertirnos.

De repente, sintió que se asfixiaba. La señaló con un dedo, pero las palabras no le salían de la boca.

—Soy tu madre Rosa, y voy a ayudarte por más que no quieras —murmuró en un tono que no aceptaba negativas—. Y empezaremos esta misma noche.

—¿Esta noche? Pero mañana trabajo —protestó.

—Trabajas los siete días de la semana, galletita, esa excusa no te servirá.

Parpadeó. Debía estar viviendo una pesadilla. Por un demonio, su madre se instalaría con ella. Cuando a Violette se le ponía algo en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo. Tragó saliva.

—¡Vamos, Rosa! Divertirse no es un punto aparte.

2. NOCHE DE COPAS

FINALMENTE, Violette había logrado convencerla para que salieran. Prefirió darle con el gusto, antes de seguir escuchando la lista de hombres que iba a presentarle. Fueron al bar que se encontraba debajo de su departamento, lo habían inaugurado hacía unos pocos días. Habían puesto la cerveza a mitad de precio para festejar la apertura y el local se había llenado. El bar tenía un estilo clásico y moderno. El camarero se acercó y les dejó sobre la mesa la cerveza artesanal que le habían pedido.

—Nos tomaremos esta medida y nos vamos —le avisó—. Hoy me enteré que mi jefe todavía no sabe a quién dejará en su lugar cuando él se jubile. Debo esforzarme el doble para ganarme ese puesto.

Violette se limpió la espuma que le había quedado en el labio superior con la servilleta.

—Ya verás que será a ti a quien le dé el puesto. Haz trabajado muy duro estos años.

—No es tan sencillo, mamá —expresó—. John tiene tantas posibilidades como yo.

—¿John? ¿El que tiene cara de espagueti?

Hizo una mueca con los labios.

—Sí, ese John...

Violette sacudió una mano en el aire.

—Pero él es una mala imitación de ti, galletita. Solo debes cuidarte de que no te robe tus ideas.

John trabajaba con ella en el laboratorio R&C, cada vez que podía, él se las ingeniaba para robar sus fórmulas y hacerlas pasar por suya. Se creía un gran científico, pero no era más que un embustero. Ella no había podido comprobar que la nueva crema para eliminar las estrías, que se lanzaría en un mes al mercado, era de ella y no del ladrón de John.

Se volteó hacia sus espaldas cuando un grupo de hombres, que se encontraban cerca de la barra, empezaron a gritar.

—Deberías ir por más cerveza, Rosa —le pidió su madre.

Ella entornó los párpados.

—Pero si tu jarra sigue llena.

Violette sonrió y se bebió todo el líquido de un solo trago.

—Ahora está vacía... —le dio una palmadita en la mano y agregó—: Ve por uno de ellos, tigresa.

Puso los ojos en blanco.

—Solo iré por tu cerveza —le aclaró.

—Debiste hacerme caso y usar algo de tu edad o por lo menos, haber usado un pintalabios más oscuro —le reprochó.

Ella chasqueó la lengua.

—No te excedas, Violette.

Se levantó del taburete y se dirigió hacia la barra. ¿Ropa de su edad? No veía nada de malo su camisa blanca y pollera de tubo. Las prendas de su guardarropa eran todas iguales. Consideraba que era

una pérdida de tiempo tener que elegir una prenda diferente cada día. Se pasó una mano por el cabello tirante sujetado por una coleta alta. Carraspeó para llamar la atención del camarero. Ella tuvo que gritarle para pedirle otra cerveza.

Ladeó la cabeza hacia el grupo de amigos que estaban muy animados mientras jugaban al billar. El rostro de uno de ellos le pareció familiar. Sabía que lo conocía. Ella era buena recordando rostros y en ese momento supo que él era Ben, su antiguo compañero del instituto, el mejor amigo de Thomas McBelle.

—Tu cerveza...

Un escalofrío recorrió su nuca. Respiró hondo y se volteó hacia el camarero. Abrió la billetera y sacó algo de dinero.

—¿Cuánto es?

El camarero apoyó los codos sobre la barra y se inclinó hacia ella.

—El dueño me pidió que a las mujeres guapas no debía cobrarle.

Ella echó el rostro hacia atrás y frunció el ceño.

—¿Guapa? —Repitió—. ¿Acaso te burlas de mí?

—¿Crees que miento? Podemos preguntarle al dueño —levantó el brazo por encima de la cabeza y gritó—: ¡Hey, Ben, ven un momento!

—¿Ben es el dueño del bar? —preguntó alarmada.

—¿Lo conoces?

Se apresuró para coger la jarra de cerveza y salir huyendo del lugar lo antes posible.

—No, no lo conozco... —repuso y se alejó.

Definitivamente, ese no era un buen día. Ahora no solo su madre se mudaría con ella, sino que además, tendría a Ben como vecino. Soltó una maldición cuando la chocaron y la cerveza se le desparramó sobre la camisa.

—¡Porque no te fijas por donde caminas! —rugió, furiosa.

—Uuu... parece que alguien ha tenido un mal día.

Alzó la vista de golpe. Bien, debió imaginarse que Ben no andaría sin su fiel amigo: Thomas McBelle. De repente, creyó hallarse en la preparatoria. «Rosalinda, la flor más fea» «Ratita de laboratorio». Los murmullos del pasado empezaron a ensordecerla. No tenía por qué sentirse así. Ella era considerada como una de las jóvenes prometedoras en el mundo de la ciencia. Había recibido menciones sobresalientes en Oxford. Sus cremas se habían deshecho del acné que había tenido en la adolescencia. Sus ojos verdes ya no se ocultaban más detrás de unas gafas enormes. Tenía un bonito departamento en los suburbios de Wimbledon. Él ya no podía opacarla.

—¿Acaso debo sonreír cada vez que alguien me arroja cerveza encima? —preguntó sarcástica, a la vez que intentaba ocultar su rostro de él.

—¡Oh, sí! Has tenido un mal día —dijo él. Tomó una servilleta de la barra y se la dio para que se limpiara—. Acabo de llegar de Nueva York y mis amigos quisieron darme la bienvenida. Por lo general, no bebo tanto —le contaba como si a ella le importara.

Había oído que Thomas se había ido a vivir a Nueva York, ¿por qué había regresado? ¿Por qué su avión no se había caído en medio del océano? Porque los desgraciados siempre eran más afortunados. Le sonrió mordaz y le devolvió la servilleta, luego se dirigió hacia la mesa de Violette. Para su bendita

suerte, él no la había reconocido.

—¿Cómo te ha ido, Rosa? ¿Qué te ha dicho? —Le interrogó su madre—. ¿Le has podido sacar su número de teléfono?

—Recoge tu bolso que nos vamos.

Violette la miró confusa.

—¿Qué ha pasado, Rosa?

—¿Sabes quién es el dueño del bar?

Violette negó con la cabeza.

—Ben, Ben es el dueño del jodido bar.

—¿Quién diablos es Ben?

Ella resopló y empezó a caminar rápido hacia la puerta de salida.

—¡Espera Rosa! —Chilló su madre a sus espaldas—. ¿Quién es Ben?

Se detuvo y la miró por encima del hombro.

—¿Recuerdas al Ben del instituto?

—¿El que te hizo la vida imposible en la preparatoria?

—El mismo...

Ingresó a su edificio y llamó al elevador.

—Por lo menos él no está con su pandilla.

—Te equivocas, Thomas Mcbelle regresó de Nueva York y me saludó echándome cerveza encima —le contó, tocándose la camisa—. Como en las viejas épocas.

Ingresaron al ascensor cuando las puertas se abrieron. Apretó el botón de su piso.

—Pasaron quince años, Rosa, ya no eres esa misma niña. ¿Él te reconoció?

Ella había cambiado bastante su aspecto desde esa época.

—No, creo que no me ha reconocido —dijo.

Y ella rogó no tener que cruzárselo nunca más.

3. EL NUEVO

ABRIÓ la jaula de Jane y le dio las bananas de la mañana. Jane era una simia de cinco años. Ella le devolvió la gratitud enseñándole una amplia sonrisa. Se cruzó de brazos mientras veía como comía sus bananas. Había logrado rescatar a Jane de unos científicos que la utilizaban para los test de toxicidad, sometiéndola a dosis letales de todo tipo de ingredientes. La experimentación con animales le producían rechazos. Su objetivo era llevarla a un sitio donde se pudiera sentir libre, pero se había encariñado tanto con Jane que le costaba dar ese paso.

Ella no había podido pegar un ojo en toda la noche y no había logrado sacar de su cabeza que tendría a Ben como vecino. Probablemente volvería a ver a Thomas. Lo odiaba por haberle arruinado su adolescencia. Estaba segura que él no la había reconocido. Había huido como la ratita de laboratorio que ellos conocían y decían que era. Apretó los puños a los costados del cuerpo. La habían tomado desprevenida, solo era eso. No volvería a ocurrir.

Se acercó al armario, sacó los guantes de látex y se los puso. Maldijo cuando John entró al laboratorio. La saludó con una sonrisa burlona. ¿Qué cosa se traía él entre manos?

—¿Necesitas que te aclare alguna duda, John? —le preguntó.

Él tamborileó los dedos sobre el escritorio.

—Oh, no, solo venía a avisarte que recibirás ayuda para tu investigación.

—No necesito ayuda —murmuró en un tono frío.

A ella le gustaba trabajar sola.

—¡Qué lástima! —Exclamó—. Pero fue a ti a quien le asignaron al nuevo científico.

Alcanzó a sujetar el tubo de ensayo que se les resbaló de las manos.

—¿Y por qué no te lo asignaron a ti?

—Porque tú eres la que no ha avanzado en nada con la crema aceleradora de células.

De hecho, ella sí había avanzado, pero tenía miedo que él le robara la fórmula. Ladeó la cabeza y entornó los párpados.

—Pero que considerado eres, ¿acaso sientes miedo a que llegue la fecha y no tengas nada que presentarle al director? ¿Quieres que me apresure para robarme otra vez la fórmula?

Quedaban solo dos semanas para presentarle al director algún resultado de sus respectivas investigaciones, y él decidiría quien merecía el puesto vacante que dejaría al jubilarse.

—Doctora Cooper —los interrumpió el director.

El doctor Karson, el director, era un hombre de estatura mediana, con una abultada barriga que le impedía que se abrochara su bata blanca. A veces su labio superior solía estar cubierto por un poblado bigote blanco.

—¿Lo puedo ayudar en algo, doctor Karson?

—Probablemente John ya la ha puesto al tanto, tendremos a un nuevo científico y he decidido que la ayudará en su investigación, doctora Cooper.

—Agradezco su preocupación, pero no...

—Él se ha recibido en Harvard, tiene muy buenas referencias y es un honor que haya elegido nuestro laboratorio para trabajar —le siguió contando sin importarle su negativa.

¿Él? Con que su nuevo compañero era hombre. No le quedaba más remedio que aceptarlo. Solo debía soportarlo por dos semanas. Pronto sería la nueva directora y no tendría que lidiar con más problemas como esos y ni con John.

—¿Cuándo vendrá él? —quiso saber.

Tal vez contaba con algo de suerte y el nuevo vendría en dos semanas. El director alzó el dedo índice y le hizo un gesto para que aguardara, mientras él salía al corredor.

—Doctor McBelle venga un momento, por favor —él la miró y agregó—: Está intentando que la máquina de golosina le dé el dulce que compró.

—Pobre iluso... —susurró John.

Era una paradoja que en un sitio habitado por científicos, fuese una máquina la que les ganara. Se quedaba con su dinero y las golosinas.

—Se ha quedado con mi dulce —oyó que el nuevo le dijo al doctor Karson.

—Y con su dinero —replicó él—. Venga aquí un momento, que quiero presentarle a su compañera. Ella apretó los labios cuando John le lanzó una mirada burlona. «Aprovecha ahora que cuando sea la nueva directora, me tendrás que besar el culo, gilipollas».

—Doctora Cooper le presento al doctor McBelle, recién llegado de Nueva York.

Sus ojos se abrieron en par en par. «Por las tortugas de Darwin». Esa vez ella no pudo sujetar a tiempo el tubo de ensayo que se le resbaló de las manos y se hizo añico contra el suelo.

—¡Oh, lo siento! —exclamó, aturdida.

Debía estar dentro de una pesadilla. Thomas McBelle no podía ser su nuevo compañero.

—Recoge los vidrios, John —le ordenó su jefe.

Thomas extendió un brazo para estrechar su mano.

—Será un placer trabajar con usted, doctora Cooper —le dijo él, mirándola intensamente con sus ojos azules—. Solo se habla maravillas de su trabajo en el otro lado del atlántico.

¿Qué diablos debía responder? Se aclaró la garganta.

—Es muy amable doctor McBelle, pero no puedo decir lo mismo de usted —hizo una pausa—. No he oído hablar de su trabajo —le aclaró.

Thomas frunció el ceño.

—¿Ya nos conocemos? —le preguntó.

¿Acaso hablaba en serio? «Sí, nos conocemos, fuiste quien arruinó mi adolescencia. Gracias a ti soy tres veces más insegura de lo normal», quiso decirle al muy desgraciado.

—No lo creo —mintió—. Nunca olvido un rostro.

—Juraría que la he visto antes —insistió él, dedicándole una de sus sonrisas de galán de feria.

Agradeció cuando el doctor Karson le pidió a John que llevara a Thomas a recorrer las instalaciones del laboratorio.

Apoyó las palmas de las manos contra el escritorio mientras intentaba respirar con normalidad. Sentía que su vida había bajado al infierno. Su teléfono empezó a vibrar. Había recibido un mensaje de Violette:

«Esta noche seré yo quien se encargue de la cena. Te tengo preparado una sorpresa, galletita –emotición con cara de felicidad–. No te olvides de traer el vino».

Resopló y guardó el aparato en su bolso. Las sorpresas de Violette eran para salir espantadas. Pero tenía la mente agotada y lo único que quería era regresar a su casa. Apagó el ordenador y salió de la oficina. Los tacos de sus zapatos empezaron a retumbar en el corredor.

—En el bar... —dijeron a sus espaldas.

Ella se volteó.

—Nos conocimos anoche en el bar —continuó Thomas, a la vez que caminaba hacia ella—. Fui quien te arrojó cerveza en la camisa.

—¿Dices que nos conocimos anoche?

Él quedó a un paso de ella.

—¿No te acuerdas de mí?

Buen Dios, él no sabía quién era ella. No recordaba a la Rosalinda del instituto. Desgraciado. Thomas no había cambiado mucho, solo era una versión más adulta. Alto, cabello castaño, ojos azules y una barba crecida de varios días que le quedaba de maravilla. Nunca imaginó que Thomas se dedicaría a la ciencia, siempre creyó que sería un abogado prestigioso como su padre.

—Ahora que lo dices, sí, lo veo familiar —murmuró—. Me debe una camisa, doctor Mcbelle.

Giró los talones y siguió caminando. Pudo sentir sus ojos contra su espalda. Sonrió satisfecha.

4. EL CANDIDATO

SE BAJÓ del taxi cuando llegó a su edificio. Observó a Ben encima de una escalera, él estaba cambiando un foquito del cartel del bar. Bajó la cabeza y caminó más deprisa. Debía pasar obligadamente todos los días por ahí. Todo era una pesadilla. Sus verdugos habían regresado. Ingresó al edificio y subió a su piso. Violette había vuelto a dejar las llaves sobre la cerradura. Soltó un resoplido.

—¡Abre la puerta, mamá! —chilló.

La cerradura hizo un «click» y la puerta se abrió.

—No es necesario que grites, galletita —dijo Violette, sonriente.

—Entonces no dejes la llave puesta —replicó, molesta.

Se quitó el abrigo y lo guardó en el armario.

—Dijiste que comeríamos en casa —comentó, entregándole el vino que le había pedido que llevara.

—Cenaremos en casa, galletita —afirmó.

¿Y se ponía su sexy vestido rojo para cenar en el departamento? Algo no andaba bien.

—¿Y por qué te has vestido para salir?

No fue necesario que Violette respondiera cuando vio a un hombre sentado en el sofá de su sala. Sabía que su madre se traía algo entre manos. La conocía demasiado.

—Te presento a Peter, mi profesor de yoga. Él nos está preparando la cena. ¿No es un encanto?

«¡Oh, por Dios!». Fulminó a su madre con la mirada. Le había llevado a uno de sus candidatos a su casa. Él se levantó del sillón y le estrechó la mano. Intentó disimular que no se había dado cuenta del «tic» en el ojo que tenía el profesor de yoga. Era bastante incómodo mirarlo al rostro. Violette tenía una cierta inclinación hacia los hombres que no eran muy agraciados y Peter, no era una excepción. Estaba segura que uno de sus muslos eran dos piernas de él.

—Violette me ha hablado maravilla de ti, Rosa —dijo Peter—. Finalmente, tengo el gusto de conocerte.

Ella estiró los labios en una especie de sonrisa.

—Mi madre es una mujer muy especial... —murmuró a través de los dientes apretados.

Él le trajo de regalo una planta que ni podía recordar su nombre y le dio las indicaciones de cómo debía cuidarla. Las únicas plantas que ella había tenido, habían sido de plástico, y las polillas se las habían comido. Por ser una científica, era algo que no la enorgullecía. Lo miraba como si prestara atención a cada una de sus palabras, pero solo pensaba en que momento él se largaría de su casa.

—No se diga más, ya que estamos todos, vamos a la mesa —Violette miró a su profesor de yoga y añadió—: Me muero por probar lo que preparaste.

Peter juntó sus delgadas manos en forma de plegaria e inclinó la cabeza.

—Excelente idea Violette.

Sí, ella iría presa por matar a su madre.

—Primero iré al tocador... —dijo, antes de quedar huérfana.

Regresó a la sala después de haberse refrescado el rostro y calmado sus nervios. Y para el peor de sus males, esto recién comenzaba. Peter le corrió la silla para que se sentara. El profesor de yoga había ocupado la cabecera de su mesa. Creyó que había sido un exceso de confianza por parte de él. Tal vez estaba exagerando y su madre tenía razón al decirle que había perdido el tacto social.

—Espero que la cena les guste —repuso Peter, sirviéndoles en los platos los fideos acompañados con hojas verdes, como si él fuese el anfitrión.

—Se ve apetecible, Peter —dijo Violette.

Enrolló los fideos en el tenedor y le dio un bocado. El sabor era extraño y desabrido. Cogió la servilleta y lo escupió, luego se sintió culpable por el modo que Peter la miró.

—Lo siento —se disculpó—. Pero los fideos tenían un sabor extraño...

Violette la pateó por debajo de la mesa y le hizo un gesto de desaprobación.

—Están hechos de pepinos, Peter es vegano, Rosa —comentó su madre.

—Crudivegano, Violette, no es lo mismo —la corrigió él.

Lo que ella necesitaba en ese momento era un buen plato caliente.

—¿Les molesta si caliente sopa en el microondas?

En ese instante supo que había dejado de caerle bien al tal Peter, el vegano, perdón, había querido decir «crudivegano».

—Es sopa de vegetales —aclaró, para sonar más pro-vida—. ¿Podrías acompañarme, mamá? Necesito hablar contigo en privado —le pidió al levantarse de la mesa.

Ellas se dirigieron a la cocina. Se aseguró de que él no las escuchara y dijo:

—Saca a tu profesor de yoga de mi casa —le ordenó.

Violette se cruzó de brazos.

—Peter es un encanto, deberías darle una oportunidad.

—Estoy segura que si él me ve comiendo carne, me crucificaría.

Violette agitó una mano en el aire.

—No digas bobadas, Rosa.

Abrió la heladera y se preparó un sándwich de jamón y le dio un mordisco.

—¿Dices que el vegano me pedirá otra cita si me ve comiendo esto ahora mismo?

—Pareces una niña malcriada, Rosa —la espetó su madre—. No lograré casarte con nadie con esa actitud.

Ella se atragantó con la miga de pan.

—¡Madre mía! —Alzó la vista al techo y pidió paciencia—. Ese es el problema, no quiero que te metas en mi vida.

Violette unió sus cejas.

—Quiero un nieto, Rosa.

—Pues adopta un niño o vuelve con Mike —replicó molesta.

Su madre la miró boquiabierta y salió de la cocina de un tirón. Ella la siguió por detrás.

—Hablo en serio mamá, no te metas en mi vida —le reclamó.

—Tu vida amorosa es un desastre Rosa, solo quiero ayudarte —dijo Violette, sirviéndose más vino en la copa.

—¡No necesito tu ayuda! —gritó.

Peter se levantó de su asiento y empezó a mover sus manos en círculos, mientras cerraba sus ojos.

—Estoy sintiendo un aire tenso entre ustedes dos... —murmuró él, como si estuviera entrando en trance.

Ladeó la cabeza y entornó los párpados.

—¿En serio? ¡Vaya! Pero si el vegano sí que salió astuto —musitó, sarcástica.

—Crudivegano —la corrigió él.

—Lo siento Peter, mi hija no ha tenido un buen día —intentó excusarla Violette—. Ella te llamará cuando esté más calmada.

Peter cogió su abrigo de la silla.

—Preferiría que no lo hiciera, las mujeres de aura gris, chocan con el ser de luz que soy.

Le echó una ojeada ceñuda a su madre.

—¿De qué coño está hablando?

—Peter puede ver el aura de las personas —respondió—. Es muy bueno en eso.

Él sacó de su billetera su tarjeta de presentación y se la entregó.

—Puedes llamarme cuando decidas cambiar de energía. Atiendo de lunes a miércoles —le informó—. Y si te das una vuelta después del mediodía, tendrás más suerte de localizarme.

Ella chasqueó la lengua. No sabía si llorar o reírse. Que un desgraciado profesor de yoga se atreviera a ningunearla, era demasiado.

—¿Entonces dices que puedes ver mi aura? —le preguntó, señalándose el rostro con el dedo índice.

Él asintió con la cabeza.

Ella le arrojó la tarjeta en la cara.

—¡Sal de mi casa, maldito charlatán!

—¡Rosalinda! —exclamó su madre.

Peter abrió grande sus ojos oscuros.

—Pierdes el tiempo con tu hija, Violette, solo un tonto se casaría con una amargada como ella. Las mujeres de aura gris terminan siempre comprando un gato.

—¡Sal de la casa de mi hija, vegano miserable! —rugió Violette, mostrándole la puerta con el dedo.

Ella cogió el plato de la mesa y le arrojó los fideos a la cabeza.

—Dime, ¿de qué color es mi aura ahora?

Peter se limpió el rostro y salió despavorido.

—¡Las dos están locas! —les gritó él, antes de echar un portazo.

Violette se llevó las manos a las caderas y suspiró.

—No te preocupes, Rosa, hallaré a otro.

Abrió la boca para responderle, pero luego la cerró. Su madre no entraría en razón por nada del mundo.

—¿Crees que él me seguirá haciendo descuento en las clases de yoga?

—Creo que deberás buscar un nuevo sitio para hacer yoga —le aconsejó.

Violette se encogió de hombros.

—Por lo menos nos hemos quedado con su planta.

—¿Qué malas somos, verdad? —replicó con picardía.

Se miraron una a la otra y se rompieron a reír.

5. TRABAJAR CON EL ENEMIGO

HABÍA llegado temprano al laboratorio para adelantar trabajo y prepararse para recibir a su nuevo compañero. Se había mentalizado que pondría un muro de hielo entre ambos. Solo los unía su profesión. Dos semanas se pasaban volando. Thomas había llegado a horario y el corazón empezó a latirle demasiado rápido. Ella le presentó a Jane, su compañera leal. Jane era una mona muy simpática y empezó a hacerle fiesta a Thomas apenas lo vio. Hubiera preferido que Jane se mostrara más arisca con él.

Ella le dejó en claro quien estaba al mando, cuando comenzó a contarle los detalles de la investigación. Él parecía estar muy entusiasmado e impresionado con el proyecto.

—¿Sabes? Si aciertas con la fórmula, cambiarías la vida de las personas que han sufrido quemaduras.

Hacía cuatro años que ella estaba detrás de la fórmula para estimular las células de la piel dañada y que cicatrizara en tiempos nunca antes visto, eliminando manchas y recuperando su elasticidad.

—Esa es la razón por la que pongo mucho empeño para lograrlo.

Él le sonrió mientras se abotonaba la bata blanca y se ponía los guantes.

—Muy bien doctora Cooper, ¿por dónde empezamos?

—Antes de que pongas una mano en mis equipos, me dirás que tanto sabes.

Él empezó a mencionarle todo lo que había hecho en el campo de la ciencia. Se había recibido con honores en Harvard y eso le permitió relacionarse con prestigiosos científicos. El año anterior, la investigación que estaba llevando su grupo, sobre la cura de mosquitos infecciosos, había sido candidata para llevarse el premio nobel.

—¿Siempre quiso ser científico? —sintió curiosidad.

—Sí, pero estuve a un paso en convertirme en abogado.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque ese era el deseo de mi padre, no el mío.

Y así fue como él terminó trabajando en el mismo laboratorio que ella. Menuda suerte.

—¿Por qué dejó su puesto en Nueva York y regresó a Londres si le iba tan bien? —insistió en encontrarle una falla.

—Para pasar los últimos días que le quedan a mi padre a su lado —respondió—. Existen momentos en los que tenemos que dejar nuestra profesión a un costado —hizo una pausa—. Y usted, doctora Cooper, era una buena opción para trabajar.

Recordaba al señor Mcbelle como un hombre fuerte, ambicioso y en ese entonces, creía que él era inmortal.

—¿Qué tiene tu padre?

—Cáncer terminal.

—Lo siento, Thomas...

Abrió grande los ojos. Acababa de bajar la guardia al llamarlo por su nombre de pila. Él le dedicó una sonrisa amistosa.

—Póngase a trabajar, doctor Mcbelle —le pidió ella, para regresar a su postura de hielo.

—Lo haré con gusto si ha acabado con sus preguntas, doctora Cooper.

Apretó los labios.

—Estoy en todo mi derecho en conocer a la persona con la que voy a compartir mi investigación —dijo a la defensiva.

Él volvió a sonreírle.

—Lo sé...

Ella resopló. Él seguía siendo el mismo engréido de siempre.

Thomas aprendía rápido y se sorprendió que conectaran tan bien al trabajar juntos. La primera semana estaba terminando y ni siquiera la padeció como lo había imaginado. Descubrió que Thomas era un buen científico. Él hasta había encontrado un error en su investigación que le permitió llevarla a un paso más adelante. El doctor Mcbelle le estaba convenciendo de que no le había quedado nada del villano que había sido en su adolescencia.

Cogió el teléfono del escritorio cuando comenzó a vibrar. Mensaje de Violette.

«Encontré al padre de mi nieto. Mañana tendrás una cita con él».

Ella se quitó el protector facial y soltó una exclamación. Le respondió el mensaje de inmediato:

«—Emotición con cara de boca abierta y sudor frío—. Cancela esa cita, porque no iré, mamá».

El aparato volvió a vibrar.

«Trabaja en la bolsa de finanzas y es muy apuesto —emotición con cara con ojos de corazones—. Te enviaré una foto de él».

Enrojeció de frustración.

«No quiero que me mandes nada —emotición con cara furiosa—», dejó de escribir cuando Thomas ingresó al laboratorio.

—Traje el almuerzo —dijo él, enseñándole la bolsa—. Espero que le guste la comida japonesa, doctora Cooper.

Ella asintió con la cabeza. El sol había salido en Londres y ellos decidieron almorzar en el parque. El arroz amarillo olía maravilloso. Thomas rompió una galleta de la suerte y leyó su buena fortuna: «*El amor golpea a tus puertas*». Él se rió y dejó que el viento le llevara el papel.

—Ahora lee tu suerte —le pidió él.

Ella se apartó un mechón de pelo de los labios.

—Soy científica, no creo en esas tonterías.

Él le dio un mordisco a la pata de pollo y luego se limpió la boca con la servilleta.

—No hay nada de malo en condimentar la vida con un poco de fantasía, doctora Cooper.

Cogió la galleta y la arrojó al cesto de basura que tenía a unos metros, sonrió cuando acertó el tiro.

—Me gusta ser yo quien genere mi propia suerte.

Thomas apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia ella.

—Eres otra típica científica estirada que cree que la diversión no es amiga de la ciencia.

Soltó un gemido, incrédula, por lo que acababa de oír.

—Se equivoca, doctor McBelle —lo contradijo—. Me gusta divertirme, es solo que no creo en las cosas que no veo —le aclaró.

Él enarcó una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Qué hará mañana a la noche?

—Todavía no he hecho planes.

—Yo sé lo que hará, se sentará en frente del ordenador y revisará otra vez lo resultado de su investigación —continuó—. Estoy seguro que hace eso cada sábado por la noche.

Bien, eso era cierto. Pero a su defensa, ella era muy meticulosa con su trabajo. De cualquier modo, no le daría la razón. Su teléfono empezó a vibrar. Violette le envió la foto de la cita que había planeado para ella. Sonrió ampliamente. Su madre no había podido ser más oportuna. Su cita no estaba nada mal. El ojo de Violette parecía no haber fallado esa vez.

—Se equivoca otra vez, doctor McBelle, acabo de concretar una cita para mañana —le enseñó la foto del apuesto corredor de bolsa—. Pero que me dice de usted, ¿qué hará en su día libre? ¿No será otro científico estirado, verdad?

Él abrió una lata de refresco y bebió un sorbo.

—Ver el partido de la liga con amigos, —siguió— beberme unos tragos, ya sabe, disfrutar la noche de Londres.

—¿Disfrutar la noche también va incluido romper corazones a mujeres?

—¿Romper corazones? —Repitió—. Podría estar casado o comprometido, doctora Cooper.

—En ese caso, compadecería a su mujer, doctor McBelle —dijo—. Acaba de hacer planes y no la ha incluido.

Thomas esbozó una media sonrisa.

—¿He adivinado, verdad?

—No en la parte de romper corazones...

Ella lo estudió con la mirada.

—Estoy segura que también he acertado en eso —expresó—. Te mueves por el mundo como un ganador, y te crees que eres superior a todos. Esa es la razón por la que les rompes el corazón a las mujeres, porque piensas que son poca cosa para ti. Te burlas de ellas, las humillas —su tono de voz había empezado a elevarse.

De repente, la Rosalinda adolescente empezó a hablar por ella.

—¡Vaya, doctora Cooper! ¿Qué clase de hombre cree que soy?

—Lo imagino de adolescente, doctor McBelle, pisoteando a los que no eran de su clase —continuó—. A los que no pertenecían a su casta de belleza.

Thomas dejó de reírse y su mirada se volvió más fría.

—Se equivoca, era de los que le gustaba pasar por desapercibido —murmuró—. Si me llama

gallina, lo tengo merecido, doctora Cooper.

—¿No me diga que era a usted a quien los matones perseguían para golpearlo?

—De hecho, así era...

«¡Canalla embustero!».

—Hasta me habían apodado «ratita de laboratorio» —continuó él mintiendo.

Era demasiado, sus oídos no podían seguir escuchándolo. Quería golpearlo. Estaba furiosa. Él y sus amigos habían hecho de su adolescencia un infierno. Y ahora quería hacerse la víctima, cuando la víctima había sido ella. ¡Ni siquiera sabía que hablaba con la persona que había hostigado! Se levantó de la butaca antes de que perdiera los estribos.

—Debo volver al laboratorio...

—¿Se encuentra bien, doctora Cooper?

—Muy bien, doctor Mcbelle.

6. REVANCHA

NO PODÍA seguir trabajando con Thomas Mcbelle. Golpeó la puerta de la oficina del director. Él le hizo un gesto con la mano para que pasara, mientras seguía hablando por teléfono. Ella tomó asiento y esperó a que él colgara.

—¿Puedo ayudarla en algo, doctora Cooper?

—Sí, me gustaría pedirle seguir mi investigación sin ningún acompañante.

—¿Acaso el doctor Mcbelle no hace bien su trabajo?

Ella negó con la cabeza.

—No es eso, es que me siento cómoda trabajando sola.

—Doctora Cooper, si planea ser directora, tendrá que aprender a trabajar en equipo.

Irguió la espalda y apoyó las manos sobre su regazo.

—¿Por qué no designa con John al doctor Mcbelle?

—Porque el doctor Mcbelle es un gran científico, igual que usted, y estoy seguro que saldrá grande cosas entre ustedes.

El móvil del director empezó a sonar.

—¿Necesita otra cosa? —le preguntó él antes de atender.

Ella se esforzó por sonreír y se levantó de su asiento.

—No, era solo eso...

Salió de la oficina más furiosa de lo que había entrado. La Rosalinda de la adolescencia querría que tomara venganza por ella. Y eso sería lo que haría. Thomas Mcbelle seguía siendo el mismo embustero de siempre. Matón desgraciado.

Uno de los pasantes del laboratorio la retuvo en el corredor.

—Doctora Cooper, si tiene tiempo, nos gustaría tener su opinión del repelente a prueba de agua que acabamos de terminar. Usted es la experta en dermatología y queremos tener su aprobación antes de presentárselo al director.

Asintió con la cabeza. Mantener la mente ocupada era lo único que la calmaba.

—Llévenme una muestra a mi laboratorio para analizarla.

Necesitaba un respiro. El estrés la estaba llevando al borde de la locura. La investigación, la incertidumbre si recibiría el ascenso y remover todo su pasado, le hizo perder la cabeza. Ella se había traído el trabajo de los pasantes a su casa en un descuido. Se bajó del taxi y se encontró de frente con el bar de Ben. Ni llegando a su casa podía olvidarse de ellos. Soltó un resoplido. Quería alejarlos de sus vidas. Y se encargaría de que así fuese. Se acomodó el bolso en el hombro y de una zancada, ingresó al bar.

Ella Pidió una cerveza, y mientras esperaba que el camarero se la llevara a la mesa, se puso en los brazos el repelente que habían hecho los pasantes. ¿Qué mejor manera de comprobar si funcionaba que testeándola ella misma? Se aseguró que nadie la observara y sacó de su bolso el recipiente en donde estaban las pulgas. Lo abrió y desparramó los insectos. Sintió una gran satisfacción al hacerlo. Nada mejor que saborear el dulce placer de la venganza.

El camarero empezó a rascarse la nuca cuando le trajo la cerveza. Excelente, la crema funcionaba a la perfección. Sonrió, a la vez que tomaba su bebida. Sacó su libreta del bolso y escribió el nombre de Ben y luego lo tachó. «Uno menos», pensó. Le dejó una buena propina sobre la mesa al mozo y salió del bar. Él ni tenía la culpa de las cosas que había hecho su jefe. Al día siguiente se encargaría de llamar a los del servicio de sanidad.

«Tú eres el próximo Thomas Mcbelle».

7. LA CITA

—Sal de una buena vez, Rosa —le pidió Violette—. Que quiero ver cómo te ha quedado el vestido.

Ella salió de la alcoba, bajándose el vestido lo más que pudo. No debió haber permitido a su madre que la arreglara para su cita de esa noche.

—¿Era necesario ponerme esto? Me siento una vagabunda —se quejó.

—¡Oye, ese es mi vestido y lo he usado varias veces! —exclamó, comiendo la cereza de su trago.

—Pero a ti te queda bien, mamá —intentó arreglar sus palabras.

—Y a ti también, Rosa, deberías agregar más color a tu vestuario —le dijo—. Ahora ven aquí que te arreglare el cabello.

Ella se sujetó la coleta alta.

—¿También querrás que cambie de peinado?

Violette le soltó el pelo y se lo echó para adelante.

—Te ves preciosa Rosa, tendrías que usarlo siempre suelto. ¿Por qué te empeñas en parecer más grande de lo que eres?

Hizo una mueca con los labios. Ella no se veía atractiva ni aunque se echara un kilo de maquillaje.

—¿Has sabido algo de Mike? —le preguntó para cambiar de tema.

—No he atendido sus llamados...

—Él me ha hablado —le contó—. Me dijo que quiere verte.

Violette se cruzó de brazos.

—¿Cuándo te ha llamado?

—Ayer... él se oía triste.

—Me alegro —dijo—. Tal vez su joven amante lo ha dejado.

—Mamá...

—Debiste mandarlo al diablo —le reprochó—. Nuestra relación se acabó y no quiero que interfieras, Rosa.

Ella enarcó una ceja.

—Lo mismo digo.

Se sobresaltó cuando el portero sonó. Violette lo atendió y le avisó que el taxi la estaba esperando abajo.

Cuando llegó al restauaran francés y vio su cita, pensó que por primera vez no había sido una mala idea de Violette. Ella siempre había tenido un mal gusto por los hombres. Daniel era apuesto y parecía

simpático. Por cortesía, él le había dicho unas palabras bonitas apenas se conocieron.

—Violette se quedó corta cuando dijo que su hija era linda.

Odiaba cuando las personas decían cosas que realmente no sentían.

—También me informó que eres científica.

Le gustaba cuando la conversación iba hacia una dirección que se sentía más cómoda. Se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja y respondió:

—Oh, sí, trabajo en un...

—Pero no creo que tu trabajo sea tan emocionante como ser corredor de bolsa —la interrumpió—. Vives con la adrenalina al tope. Puedes ganar mucho dinero o perderlo todo en cuestión de minutos —musitó, chasqueando los dedos.

Echó el rostro hacia atrás, él escupía un poco mientras hablaba. Bebió un largo trago de vino. «No seas tan quisquillosa, Rosa», le dijo la vocecita de su conciencia.

—¿El mozo ha traído el menú?

—Sí, lo ha hecho —repuso—. Espero que no te moleste que haya pedido por los dos. No estabas y no me gusta perder el tiempo. ¿Ya sabes cómo es el dicho, verdad?

Hizo un gran esfuerzo para sonreír.

—No, no lo sé.

—El tiempo es dinero, cariño.

Tomó otro sorbo de vino, pero esta vez lo hizo con más ganas.

—¿Puedo saber que has ordenado?

—La especialidad de la casa, cordero con patatas.

Agradeció no ser vegetariana. El camarero no tardó en traer los platos. Daniel no era simpático, se excedía de lo simpático hasta el grado de resultar chocante y pesado. No hacía otra cosa que hablar y hablar. Solo.

—¿Conoces Japón? —le preguntó.

—No... —respondió escuetamente para no ser interrumpida.

—No sabes de lo que te pierdes, yo estuve allí la semana pasada. Es un lugar grandioso, deberías conocerlo.

—Lo tendré en cuenta —murmuró, tamborileando la base de la copa con los de dos.

Bla, bla, bla... ¿acaso no pensaba cerrar su jodida boca?

—¿Tienes coche, Rosa?

—No, me manejo en tren o taxi.

—¿Cómo lo haces? Yo tengo un Mercedes, pero ahora lo tengo en el taller, estoy que me muero por tener que manejarme en taxi. Podríamos compartir uno cuando salgamos de aquí, ¿te parece?

Se encogió de hombro.

—Claro, porque no.

Daniel pidió otra botella de vino, la más cara del restaurante. Ella solo quería que la velada terminara lo más rápido posible. Él también hizo que les trajeran el postre, una deliciosa mousse de

chocolate. Por lo menos la cena había recompensado la cita. Ella se negó rotundamente a que pidiera el café, se excusó diciendo que se encontraba cansada. Daniel estuvo de acuerdo y le pidió al mozo la cuenta.

Él empezó a tocarse los bolsillos de su chaqueta y abrió grande los ojos.

—Esto no puede estar pasándome, no puedo creerlo —susurró—. ¡Qué vergüenza, Dios!

Frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, Daniel?

—Te morirás de la risa cuando te lo diga, me he olvidado la billetera.

¿Morirse de la risa? Casi se murió del espanto cuando le trajeron la cuenta. El desgraciado había pedido lo más caro que tenía el restaurante. Menuda cita había tenido. ¿De dónde diablos había sacado Violette semejante espécimen? Ni siquiera quiso responderse esa pregunta.

—Prometo devolverte el dinero en nuestra próxima cita.

¿Próxima cita? Ni aunque fuese el último hombre del mundo. Se levantó de la silla cuando el camarero le devolvió la tarjeta.

—Bueno, Daniel, fue un placer conocerte —dijo con mucha ironía.

—¿Pero por qué te despides ahora? —Le cuestionó—. ¿No habíamos quedado que compartiríamos el taxi?

«¡Oh, por Dios!». Solo a ella le podían pasar este tipo de cosas.

Echó un portazo cuando se bajó del taxi. Había sido una de sus peores noches por culpa de Violette. Daniel se bajó del vehículo, lo rodeó y corrió hacia ella. Estaba loco si creía que permitiría que la besara. Demasiada saliva ya había tragado de él mientras le hablaba.

—Me podrías prestar algo de dinero para pagar el taxi.

¿Él hablaba en serio? Violette le había hecho una cita con un gigoló. Sacó la billetera de su bolso y le dio unos cuantos billetes para que desapareciera de su vista.

—¿Doctora Cooper?

Definitivamente, su noche podía salir peor, como por ejemplo, tener a Thomas Mcbelle a sus espaldas.

—Espera un momento, Daniel.

Él se detuvo y ella se le acercó de una zancada. Odio a Thomas por obligarla a tomar el rostro de Daniel entre sus manos y darle un fogoso beso en los labios.

—Uuuuu... imaginé que te gustaba, pero no tanto —musitó el muy engreído.

Prefirió no responderle y se volteó hacia Thomas.

—Doctor Mcbelle, que gusto verlo, le presento a Daniel, mi cita.

—Me gustaría quedarme —dijo Daniel—. Pero si lo hago, el taxi me cobrará más caro.

Dicho eso, el muy sinvergüenza se marchó.

Thomas se metió las manos en los bolsillos del pantalón y caminó hacia ella.

—¿Acostumbra pagar el taxi de tus citas?

Ella se encogió de hombros.

—Ya sabes, me gusta sentir que soy la que mando.

Él sonrió. Se veía guapo llevando ropa informal.

—¿Qué tal estuvo su cita? —le preguntó.

—Sorprendente...

Y ella lo decía en serio.

—Por poco no la reconocí —admitió él—. Se ve diferente con el pelo suelto —le echó una ojeada de abajo hacia arriba y añadió—: Bonitas piernas, doctora Cooper.

Sus mejillas se sonrojaron.

—¿Qué hace aquí, doctor McBelle? ¿Me está siguiendo?

Él bajó la cabeza y se humedeció el labio inferior con la lengua.

—No, no la estoy siguiendo —respondió—. Estoy ayudando a mi amigo, él es el dueño del bar que está a mis espaldas. Tuvo que cerrarlo por una plaga de pulgas, ¿puede creerlo?

Sí, si le podía creer. Por lo visto, su plan había funcionado.

—Cuanto lo lamento por su amigo —mintió.

—¿Y usted que hace aquí, doctora Cooper?

—Vivo en el cuarto piso de este edificio —le dijo, señalando hacia arriba con el dedo—. Que tenga buenas noches, doctor McBelle. Y trate de no ir a trabajar el lunes con resaca.

Él le enseñó toda su dentadura cuando se rió.

8. COMPETENCIA DESLEAL

THOMAS había llegado a trabajar más temprano que ella el lunes. Él alzó la vista por encima del microscopio, se quitó el protector facial y le sonrió. Él era de esos científicos desenfadados, que vivían una vida desordenada, pero eran bueno en lo que hacían.

—Buen día, doctora Cooper, tiene café caliente sobre su escritorio.

—Gracias, pero primero le daré de comer a Jane.

—No será necesario, Jane ya recibió sus bananas matutinas.

Ella enarcó una ceja.

—¿Amaneció productivo, doctor Mcbelle?

Él le dedicó una sonrisa amistosa. Y eso la enfureció. ¿En qué momento Thomas le enseñaría la porquería de persona que era realmente? Debía moverse con más cuidado con él. Todavía no había pensado de qué modo se vengaría de Thomas.

—Antes que me olvide, quería avisarle que el doctor John pasó hace un momento y pidió usar su ordenador.

Abrió los ojos alarmada.

—¿Y tú se lo permitiste?

Thomas dejó de tomar apuntes y se quitó sus gafas de lectura.

—¿No debí hacerlo?

«Maldición». Él le había permitido usar su ordenador.

—¡No, Thomas, no debiste dejarlo! —chilló.

El rostro de él parecía afligido.

—Lo siento doctora Cooper, no volverá a repetirse. No sabía...

Dejó caer el cuerpo sobre una silla.

—John siempre se la ingenia para robarme mis descubrimientos y hacerlos pasar por suyos. El maldito tiene tanta suerte, que nunca puedo demostrar lo contrario.

Thomas sujetó una silla y la arrastró hacia donde ella estaba y se sentó.

—Él solo estuvo unos segundos —dijo—. Te aseguro que no se ha llevado ningún tipo de información —la animó.

Thomas extendió un brazo y le acarició una mejilla.

—Le prometo, doctora Cooper, que no dejaré que nadie se robe su investigación.

Sus palabras la tranquilizaron. Su preocupación parecía sincera. Él no apartaba su mano de su mejilla y por primera vez desde que lo había vuelto a ver, le gustó sentirlo tan cerca.

—¿Se encuentra más tranquila, doctora Cooper?

Bajó la vista y se miró el regazo, luego asintió con la cabeza.

—Su rostro se ve más bonito cuando sonrío, doctora Cooper.

¿Bonito? ¿Justo él se lo decía? Todavía podía oírlo cuando la llamaba: «Rosalinda, la flor más fea». Su desfachatez la enfureció. Le apartó la mano del rostro y se apartó.

—Puede regresar a su trabajo, doctor McBelle —le dijo—. Y tenga más cuidado la próxima vez a quien deja entrar al laboratorio.

Él la siguió con la mirada.

—Debería enfrentar al doctor John y ponerlo en su lugar —le aconsejó—. ¿Por qué no hace nada? ¿Por qué se queda callada?

Por el mismo modo que no le decía nada a él: ella era una cobarde.

—Ese no es su problema...

Ella salió de la oficina y se dirigió hacia la sala de investigación de los pasantes que le habían dado el repelente para que lo analizara.

La alarma de incendio del laboratorio R&C empezó a sonar. El personal corría de un lado a otro por los pasillos. El humo provenía de donde estaba su oficina. «Jane», pensó. Mientras todos huían del incendio, ella iba hacia él. El director la sujetó del brazo y la retuvo.

—¿A dónde crees que va?

—Jane estaba en mi oficina, debo sacarla...

—Doctora Cooper, ya es tarde. No puede hacer nada.

Se llevó una mano a la boca y se ahogó con un sollozo.

—También estaba el doctor McBelle, ¿él... él pudo salir?

El doctor Karson miró a su alrededor.

—No lo sé... pero debemos marcharnos antes de que el fuego alcance algún químico inflamable.

Dicho eso, se oyó una explosión. Ella empezó a toser por el humo. El doctor Karson la sacó del lugar y la llevó al exterior donde estaban las ambulancias que acababan de llegar, junto a los bomberos. Observó como el ala dónde estaba su oficina se incendiaba. Los cuatro años de investigación acaba de desaparecer. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Había perdido todo.

—¡Rosalinda! —Gritaron—. Buen Dios, estás bien.

Ella giró los talones y se encontró con Thomas. Él llevaba a Jane en brazos.

—Quise entrar a buscarte, pero no me dejaron... —siguió diciendo él.

Corrió hacia Thomas y sujetó a Jane.

—Pensé que no había podido escaparse de las llamas —musitó entre lloroso—. ¿Qué sucedió Thomas?

—No lo sé, había ido por un café y cuando regresé, el fuego ya había empezado a propagarse —le contó—. Solo logré sacar a Jane.

—Perdí todo mi trabajo, Thomas —dijo con la voz quebrada.

Él le rodeó el hombro con un brazo y la atrajo contra su pecho, luego le dio un beso suave en la frente.

—No estás sola Rosalinda, voy a ayudarte —continuó—. Sacaremos adelante la investigación.

Jane empezó a gritar y a moverse en sus brazos cuando John se acercó.

—Él fue el responsable, doctor Karson —exclamó John, señalando a Thomas con el dedo—. El fuego empezó desde su oficina.

Thomas frunció el ceño.

—¿De qué coño estás hablando?

—Que fuiste tú el que provocó el incendio —lo acusó—. Haz arruinado las investigaciones de todos tus colegas.

—¿Es cierto eso, doctor McBelle? —le preguntó el director.

—¡Por supuesto que no! —Chilló.

—¿Y qué otra cosa va a decir? —Replicó John—. Está más que claro que lo negará.

—¡Has sido tú, gilipollas! —Rugió—. Tú fuiste a nuestra oficina temprano, lo has planeado todo.

John le dedicó una sonrisa sobradora.

—¿Ahora también pretende ensuciar mi reputación?

Eso fue más que suficiente para que Thomas se enfureciera y le lanzara a John un puñetazo certero que lo lanzó al suelo. Luego lo sujetó de la camisa para seguir golpeándolo.

—¡Thomas! —Gritó ella—. ¡Déjalo, Thomas!

Él soltó a John y se alejó, y la miró fijamente a los ojos.

—¿No le crees, verdad?

Thomas ya le había mentado con anterioridad, ¿por qué esta vez tenía que ser la excepción? Él había destrozado la vida de la Rosalinda adolescente y ahora lo hacía con la Rosalinda adulta.

—No lo sé, doctor McBelle, no lo sé.

Solo quería llegar a su casa, acostarse en su cama y cubrirse hasta la cabeza con las mantas para no levantarse más.

9. SU VIDA EN RUINA

SACÓ un pote de helado del refrigerador y se fue a sentar en el sillón mientras veía la película de Carrie, pero la primera versión que se había llevado al cine. Su profesión se había acabado. Su vida estaba en ruina. Metió la cuchara en el pote y luego se la llevó a la boca. La mejor escena de la película estaba por venir, cuando Carrie se vengaba de todos los que se habían burlado de ella en el baile de graduación. «¡Ja! ¡Bien hecho Carrie!», le gritó a la pantalla del televisor. Miró hacia atrás por encima del hombro cuando golpearon la puerta. Se limpió la boca con el dorso de la mano y se levantó.

Observó quien era por la mirilla de la puerta. Abrió grande los ojos y dio un paso atrás. Thomas McBelle estaba del otro lado. Se ajustó el cinto de la bata y se pasó una mano por el cabello. Respiró hondo y abrió la puerta.

—¿Qué hace aquí, doctor McBelle? ¿Cómo me ha encontrado?

Él apoyó un hombro en el marco de la puerta y curvó hacia un costado la comisura de sus labios.

—Supo decirme que vivía en el cuarto piso, doctora Cooper —respondió—. Y en esta planta solo hay dos departamentos —alzó las dos cejas y añadió—: Adiviné en la primera —se mofó.

Ella dobló los brazos hacia adelante.

—¿Vino a disfrutar mi caída, doctor McBelle?

—¿Por qué no ha atendido mis llamados? —le reprochó.

—Porque no he querido hablar con nadie, y muchos menos con usted.

Él ingresó al departamento sin ser invitado y cerró la puerta a sus espaldas. Echó una ojeada a su alrededor y soltó un silbido.

—Bonito departamento...

—¿Oyó la parte que dije que no quiero hablar con nadie?

—Deje el dramatismo, doctora Cooper —expresó—. Mientras usted llorisqueaba en su cama y se preguntaba porque el mundo era tan cruel, he buscado una alternativa para seguir con la investigación.

Ella abrió la boca y luego la cerró, molesta.

—No necesito su ayuda, doctor McBelle —le dijo—. Me he tomados unos días de descanso y no quiero que nadie me moleste. Si era eso lo que vino a decirme, ya puede retirarse.

Regresó al sofá y se sentó, cogió el control remoto y puso a andar la película otra vez.

—¿Así de fácil se rinde? ¿Dejará que John ocupe la dirección del laboratorio?

Ella se llevó una cucharada de helado a la boca.

—¡Al cuerno la ciencia! —Gritó con la boca llena—. Le he dedicado mi vida para nada, que John se quede con la dirección. ¡Me importa un bledo!

Thomas se sentó a su lado y la miró de reojo.

—Mentirosa —la contradijo—. Usted no es de las que abandona sus sueños tan fácilmente, doctora Cooper.

Él le quitó el control remoto de la mano y detuvo la película.

—Lo primero que hará, será darse un baño, porque apesta —se atrevió a decirle el desgraciado—. Y luego seguiremos hablando, estoy seguro que va a interesarle lo que tengo que contarle.

Se levantó del sofá de un tirón y se llevó las manos a las caderas.

—¿Quién se cree que es para venir a mi casa y tratarme así?

—¿Cuándo fue la última vez que se bañó, doctora Cooper?

Ella no supo responder a esa pregunta.

Thomas le dedicó una sonrisa pícaro.

—Mientras usted se baña, yo le prepararé un café.

Thomas le dio una taza de café bien cargado cuando salió del baño. Ella se había quitado la bata y se había puesto un pantalón suelto y una camiseta gris. Dejó su cabello suelto para que se terminara de secar con el aire. No tenía ni idea que cosa era lo que él se traía entre manos. Thomas parecía estar disfrutando ese momento. Él levantó sus cejas, divertido y dijo:

—Ahora se ve más presentable, doctora Cooper.

Bebió un sorbo de café y lo miró por encima de la taza. No estaba de ánimo para soportar su gilipollada.

—Vaya al grano, ¿qué cosa tenía para decirme?

Él sacó de su bolso un frasco de vidrio y lo hizo deslizar sobre la mesa hacia ella.

Sus cejas se unieron.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—El resultado de su investigación.

—¿Cómo dices?

—Todavía no sé si funciona... cambié algunos ingredientes y medidas.

Ella cogió el frasco y lo destapó. Metió el dedo y sintió la textura de la crema. Alzó la vista hacia él y lo miró asombrada.

—Creí... creí que había perdido todo o gran parte de mi investigación en el incendio.

—Soy de la antigua escuela, doctora Cooper. Me gusta anotar todo en mi agenda. Use mis contactos y utilicé el laboratorio de unos amigos.

Se quedó observando el frasco y no podía parar de sonreír. Delante de ella tenía su trabajo de cuatro años. Por increíble que pareciera, el hombre que odiaba, era quien la había ayudado. El hombre a quien ella había jurado venganza.

—¿Piensas que puede funcionar?

—Creo que tiene altas probabilidades de que funcione, Rosa —respondió—. Solo resta probarlo.

Ella rodeó la mesa y abrazó a Thomas con todas sus fuerzas.

—Gracias —dijo—. Juro que te recompensaré por esto.

¿Había dicho eso en voz alta? Esperaba que él no tomara en serio sus palabras. Thomas puso sus manos sobre sus hombros y la apartó.

—Debo contarte algo Rosalinda, estallaré sino lo hago pronto.

Adoptó una expresión de preocupación.

—¿Qué ocurre? ¿El doctor Karson te despidió por culpa de John?

Él negó con la cabeza y dejó caer el cuerpo sobre la butaca.

—No, John no tiene nada que ver con esto —repuso—. Cuando te conté porque había regresado a Londres, solo te dije una parte de la historia.

¿A qué venía todo esto? Frunció el ceño.

—¿Qué intentas decirme?

—Hay algo que debes saber, Rosalinda...

Él parecía perturbado.

—Hubo un tiempo, cuando era adolescente, me comportaba como un verdadero asno —empezó diciendo—. Tenía una compañera del instituto que le gustaba la ciencia tanto como a mí. Fue una etapa difícil. Mis padres se estaban divorciando y sentía la presión de mi padre para que estudiara derecho como él. No me estoy justificando, pero esa chica fue mi objetivo para descargar toda mi rabia. No toleré que ella fuese mejor que yo en la ciencia e hice que todos se volvieran contra ella —hizo una pausa—. Utilice mi popularidad para lastimarla.

A ella se le hizo un nudo en la garganta. Esa chica de la que estaba hablando, era ella.

—No sigas, Thomas —le advirtió.

Él hizo como si no la hubiera escuchado y continuó:

—En ese entonces, no me daba cuenta del daño que le estaba haciendo. Intenté muchas veces buscarla para comunicarme con ella y disculparme...

—¿Y por qué no lo hiciste? —Le cuestionó—. ¿Por qué no te disculpaste?

—Porque no sabía que había sido de ella, pero un día, recibí en mi oficina una revista y leí una entrevista que le hicieron y supe que ella no había abandonado sus sueños. Justo coincidió en la época en la que mi padre se enfermó y aproveché mi viaje a Londres para buscarla.

Tuvo un mal presentimiento. Ella se cubrió los oídos con las manos.

—No sigas, Thomas —le imploró.

Él se levantó de la silla y se acercó a ella, luego le tomó una mano entre las suyas.

—Lo siento, Rosalinda —dijo—. Lamento haberte lastimado.

—¿Sabías quién era? ¿Supiste todo este tiempo quién era?

Thomas asintió con la cabeza.

Ella cerró los puños y lo golpeó en el pecho.

—¿Y por qué actuabas como si no me conocieras?! —le reprochó, molesta.

Él la sujetó de las muñecas.

—Porque esperaba que tú me reconocieras, me insultaras y me golpearas en la cara —respondió—. Te provoqué en el parque para que reaccionaras y me dijeras todas las cosas que merecía, pero no

hiciste nada de eso y no supe cómo decirte quien era hasta ahora. Creí que te habías olvidado de esa época.

¿Olvidado de esa época? Él y sus amigos habían hecho de su vida un infierno. Apretó los labios y le dio vuelta el rostro de una trompada.

—Supe quién eras desde el primer momento que te vi, maldito idiota —le hizo saber.

Thomas se limpió la sangre de los labios con la yema de los dedos. Ella se cubrió la boca con las dos manos. «¡Oh, por Dios! ¿Qué había hecho?».

—¿Estás bien?

Él le dedicó una sonrisa.

—Golpea duro, doctora Cooper.

—Te lo tenías merecido.

—Lo sé, fui un asno contigo. ¿Ahora estamos a manos?

Ella se encogió de hombro.

—También he hecho cosas que me arrepiento.

Thomas levantó una ceja.

—¿Ah, sí? Me cuesta imaginar que por esa cabecita puedan pasar cosas malas.

Ella abrió la nevera, sacó hielo y los puso en un paño, luego se lo dio a Thomas para que se lo pusiera en la lastimadura.

—Fue culpa mía que clausuraran el bar de Ben —le contó de una vez.

Thomas se puso el hielo en la herida.

—Eso no es posible, Rosa —se negó a aceptar la verdad.

—Sin darme cuenta, me traje el trabajo de uno pasantes a mi casa, y entre esas cosas había un recipiente con pulgas —explayó—. Me sentí furiosa por tener que cruzarme con ustedes en todos lados y quise vengarme por todo lo que me hicieron, y Ben fue mi primera víctima.

Thomas chasqueó la lengua.

—¿Y el próximo era yo? —quiso saber.

Ella asintió con la cabeza.

Él se rompió a reír.

—No hallo la diversión, Thomas.

Él ahuecó sus manos en sus mejillas y la miró fijamente a los ojos.

—Me divierte saber que me equivoqué contigo, Rosalinda. No eres la mujer remilgada que creí que eras.

—Si me sigues diciendo esas cosas, te emparejaré el rostro con otro golpe —le advirtió.

Y esta vez, fueron los dos los que se rieron.

10. MENTIRA PIADOSA

OYÓ que intentaban abrir la puerta. Había dejado la llave puesta en la cerradura. Quería demostrarle a Violette que era molesto cuando ella le hacía eso. Thomas se aclaró la garganta.

—¿Vives con alguien?

—Con mi madre.

—¿Vives con tu madre? —repitió, sorprendido.

—En realidad, ella vive conmigo —le aclaró—. Se peleó con su pareja y ahora tiene todo su tiempo libre disponible para mí. Ella está buscando el padre de su nieto.

Thomas esbozó una amplia sonrisa.

—Y yo que pensaba que no había nadie peor que mi madre —comentó, divertido.

Sacudió la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo antes de abrir y lo miró por encima del hombro y dijo:

—Sí me ayudas a que mi madre me deje de buscar citas, tu deuda conmigo está hecha.

Él asintió con un gesto.

—Vale —aceptó—. Pero luego no te quejes si no te agradan mis métodos.

—Si tus métodos funcionan, te aseguro que no escucharás ninguna queja.

Giró la llave y abrió la puerta. Violette le lanzó una mirada astuta por debajo de los párpados. Su madre vestía unos pantalones apretados, llevaba unas botas hasta las rodillas y una campera de cuero.

—¿Por qué has dejado la llave en la cerradura? —se quejó.

—Para que cepas lo que se siente —respondió.

—Por lo menos te has bañado y levantado de ese sofá.

—¡Hey! —chilló.

Violette se detuvo en seco cuando vio a Thomas en la sala.

—¿Y este quién es? —preguntó.

—Que tal, señora Cooper —la saludó él—. No sé si me recuerda, pero fui compañero de Rosalinda en el instituto —extendió el brazo y añadió—: Thomas McBelle.

Violette le rechazó la mano y puso los brazos en jarra.

—Claro que te recuerdo, tú fuiste quien hizo que Rosa llegara a su casa llorando durante todos esos años.

—Mamá... —la interrumpió—. Eso quedó en el pasado.

Violette estudió el rostro de Thomas por un momento.

—¿Quién te ha golpeado?

—Su hija... —respondió el muy cobarde.

Su madre la miró de golpe.

—¿Es eso cierto, Rosa?

—Sí, lo hice tal como tú me enseñaste —murmuró, enseñándole el puño.

—¿Y porque lo has golpeado? ¿Acaso él intentó lastimarte? —preguntó alarmada.

Puso los ojos en blanco.

—No, mamá, él no intentó lastimarme —repuso con la voz cancina.

Thomas le rodeó la cintura con un brazo y la apretó contra él, y luego le dio una palmada en el trasero que la tomó desprevenida. ¿Ese era su método para ayudarla? Creyó que la palmada en el trasero había sido innecesaria. Lo miró con el rabillo del ojo y él parecía estar disfrutando a lo grande.

—A su hija le gusta demostrar su amor de un modo un poco violento, señora Cooper —comentó, haciendo un guiño para que captara el doble sentido.

Violette parpadeó.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Verdad, cariño? —insistió él.

«Oh, sí, iba a matarlo». Su método empezó a molestarle.

—Había que romper el muro de hielo de algún modo —dijo ella, a través de los dientes.

—Pero a mí me gusta derretir el hielo de otro modo...

Dicho eso, Thomas le sujetó el rostro entre sus manos y la besó. Sí la sorprendió la palmada en el trasero, esto fue aún mayor. Al principio, intentó rehusar de él, pero terminó rodeándole el cuello con los brazos. Cerró los ojos y dejó que él siguiera con su trabajo. Lo hacía muy bien.

Violette se aclaró la garganta.

Thomas la soltó con una sonrisa pícara en los labios.

—Bueno, creo que tú método es mucho mejor —repuso ella, un poco desorientada.

—¿Me he perdido de algo, Rosa? —preguntó su madre.

Miró a Thomas y luego a su madre.

—Él y yo... ya sabes, nos estamos conociendo —respondió—. Así que ya no será necesario que me sigas buscando citas.

La mirada hostil que había tenido Violette en un principio, se relajó y empezó a observar a Thomas con más amabilidad. Y volvió a ser la festiva y alegre Violette de siempre. Pudo imaginar lo que pasaba por la mente de su madre: varios nietos correteando alrededor suyo. Exhaló una bocanada de aire. Hubiera deseado no haber sido hija única.

—Deberíamos hacer un brindis por el recuento —musitó Violette—. Iré por las copas y una botella de vino —dijo, antes de alejarse.

Esperó a que ella se marchara para coger el bolso de Thomas y se lo dio.

—Si no te vas ahora, te juro que después no podrás hacerlo —le advirtió.

Él se rascó la nuca y bajó la vista.

—Unos amigos me acaban de invitar a cenar y pensé que... ¿quieres acompañarme?

—¿Yo? —repitió la muy boba.

Él le enseñó su bonita sonrisa.

—No veo a nadie más aquí Rosa. ¿Vienes o prefieres quedarte a darle a la señora Cooper todos los detalles de como a nacido nuestro repentino amor?

Abrió grande los ojos.

—Pensándolo bien, me gustaría conocer a tus amigos.

Él le cerró un ojo.

—Eso creí, preciosa.

11. UN VIAJE A LA PLAYA

THOMAS le abrió la puerta del coche y luego lo rodeó para subirse.

—Bonito coche —dijo, mientras se abrochaba el cinturón—. No sabía que se pagaba tan bien siendo científico —se mofó.

—La paga es pésima, y el coche es de mi padre —se puso sus gafas de sol y agregó—: Sí, yo también vivo con mi padre.

—¿Y cómo sigue la salud de él? —quiso saber.

—Cada día está un poco peor —respondió en un tono frío—. ¿Podríamos tocar otro tema, doctora Cooper?

Thomas encendió el motor del vehículo y arrancó. Él nunca se había llevado muy bien con su padre y mucho menos después de lo que le había hecho a su madre. No solo la había engañado, también se habían publicado fotos íntimas del señor McBelle y su amante, una modelo del momento, en todas las revistas. La madre de Thomas no soportó la humillación y se mudó a Nueva York.

—¿A dónde vamos? —le preguntó.

—A Brighton.

—¿Brighton? —Repitió—. ¡Pero Brighton queda a una hora!

—Sí.

—Debiste haberme dicho antes a dónde íbamos —le reclamó.

Él le echó una ojeada rápida y luego regresó la vista a la carretera.

—Espero que le guste la playa, doctora Cooper.

Thomas puso un poco de música mientras conducía. Ella se cruzó de brazos y miró hacia afuera por la ventanilla.

—Y antes que me olvide —musitó—. El beso que me diste, estuvo de más.

—¿Ah, sí? A mí me pareció que lo disfrutaste.

No dijeron muchas palabras hasta que llegaron a Brighton. Era una bonita ciudad costera, sobre todo en el mes de agosto. Se detuvieron delante de una casona del estilo victoriano, que estaba en frente del mar. En ese instante creyó que había sido una mala idea haber venido con él. No conocía a sus amigos. ¿Y sí ella no les agradaba?

—No te preocupes, les caerás bien —dijo él, como si leyera su mente—. Ya conoces algunos de ellos, estará Ben y también Alison.

Ella lo miró de golpe.

—¿Alison? ¿Alison la del instituto?

Él se inclinó hacia ella y le desabrochó el cinturón.

—Sí, la misma —afirmó—. Esta es su casa de verano.

Soltó un gemido, exasperado. No podía creer que iba a encontrarse con todos los verdugos de su

adolescencia. Y todo era por culpa de Thomas McBelle.

—¡Lo hiciste a propósito! —Chilló—. Sabías que no vendría si me decías a dónde me traías.

—¡Vamos, Rosa, no exageres! Pasaron quince años, todos hemos crecidos y actuamos como adultos.

De la casa salió Ben a recibirlo. Él traía dos botellas de cerveza en la mano.

—¡Hey, Thomas! —Gritó él—. Saca ese culo blanco del coche.

Ella entornó los párpados.

—¿Actúan como adultos? ¿Eso fue lo que dijiste?

Ben dejó de sonreír cuando la vio bajar del vehículo y parecía que se había puesto algo nervioso. Sí, parecía que acababa de arruinar su fiesta.

—Traje compañía para la cena —dijo Thomas—. Ella es la doctora Cooper, trabajamos juntos en el laboratorio.

—Mucho gusto, doctora Cooper —la saludó él—. ¿Desea tomar una cerveza?

—No, gracias...

Thomas le quitó a Ben una botella de cerveza de la mano y le dio una palmada en la espalda.

—Cambia la cara, Rosa ya sabe quiénes somos.

Ben relajó los hombros y volvió a sonreír.

—¿Ella lo sabe? Gracias a Dios, porque lo más probable era que metiera la pata. Bienvenida a la velada, Rosa.

Ellos ingresaron a la casa. Era un ambiente hogareño y había juguetes de niños desparramados por todos lados.

—Tu bar está ubicado debajo de mi departamento —comentó ella.

—Sí, lo sé, fue gracia a eso que encontré el...

—Cierra el pico, Ben —lo interrumpió Thomas.

—¿Hay algo que deba saber, Thomas? —preguntó estirando cada palabra.

Ben levantó los brazos por encima de la cabeza y chasqueó la lengua.

—Iré a avisar que llegaron... —dijo él y desapareció.

Puso los brazos en jarra y ladeó la cabeza hacia un costado.

—Espero una respuesta.

Él revoleó los ojos.

—Bien, cuando dije que quería buscarte para pedirte disculpas, fue literal.

—¿Intentas decirme que durante todo este tiempo me estuviste espiando?

Él abrió la boca, la cerró y luego la volvió a abrir para responder:

—Si lo dices de esa forma, haces que suene algo aterrador —expresó—. Digamos que buscaba el momento oportuno para hablar contigo.

—¡Thomas! —Gritó una voz de mujer—. Ben dijo que habían llegado.

Ahí estaba Alison, la perra que le escondía su ropa mientras se duchaba en las clases de gimnasia. Ella cargaba un niño en brazos, que debía tener unos dos años. Se veía muy diferente a la Alison del instituto.

—Espero que no te moleste que haya traído compañía para la cena.

Alison sacudió una mano en el aire.

—Por supuesto que no —dijo en un tono alegre—. ¿Y ella es?

—No es necesario que disimules, Alison —continuó—. Rosa sabe quiénes somos.

Alison también parecía haberse sacado un peso de encima.

—Te ves guapísima, Rosa, me da mucho gusto que hayas venido.

Bien, mentiría si dijera que todo eso no le resultaba extraño. Ni siquiera sabía cómo reaccionar. Siempre había imaginado a Alison arrastrándola de su cabello dorado, pero ahora se encontraba en su hogar a punto de compartir una cena. Menuda paradoja. Curvó los labios en una especie de sonrisa.

—¿El niño es tu hijo?

—Sí, se llama Nick, y es el tercero de mis hijos. Ya le he dicho a mi marido que he cerrado la fábrica. ¿Tienes hijos, Rosa?

—No.

—Entonces disfruta tu espacio, porque cuando tengas hijos, tú pasarás a último plano.

Ella sonrió.

—Gracias por el consejo.

—Bien, vayamos a la terraza, Steve, mi marido, es quien está preparando la barbacoa. Es la primera vez que hace una, lo aclaro para que no te lleses una desilusión si la hace mal.

Thomas sacudió la cabeza.

—Ya deja de hablar mujer, ahora entiendo cuando Steve te pide que te calles.

—No le hables así Thomas —y se dio cuenta que acaba de defender a una de las personas que más odio en su adolescencia.

Alison apoyó una mano en su brazo.

—Es bueno contar con una mujer entre tantos hombres.

En la terraza se encontraba Ben y Steve intentando hacer la barbacoa, también estaba el cuñado de Alison y sus dos hijos mayores. Steve no se parecía en nada al hombre que ella imaginó con el que acabaría Alison. Él era bastante delgado, se le estaba cayendo la mayor parte del cabello, usaba gafas y no pudo evitar sonreír cuando vio sus medias con ojotas. Él fue muy amistoso cuando la saludó.

Thomas sacó una cerveza de la conservadora y se la dio. Se paró a su lado mientras observaban como el sol se escondía en el mar. La miró de reojo y dijo:

—¿Todavía sigues arrepentida por haber venido?

Ella negó con la cabeza. Tal vez Thomas tenía razón. Quince años era mucho tiempo y era hora de dar vuelta la página. Debía aceptar que las personas podían cambiar. Bebió un sorbo de cerveza y sonrió.

—Gracias —expresó—. Fue una buena idea haberme traído.

Charly, el hermano de Steve, puso su cámara delante de ellos. Él estaba estudiando cine y hacía un

cortometraje sobre la vida real de «*la última cena de una noche de verano*».

—¿Quieren decir algunas palabras para mi documental?

Thomas extendió el brazo y tapó la cámara con la mano.

—Saca esa cosa de aquí, Charly...

—¡No toques mi cámara, Tom! —chilló Charly.

De repente, el pequeño perro de la familia, apareció en la reunión y empezó a excitarse con su pierna. Thomas no paraba de reírse y luego la ayudó a quitárselo de encima cuando vio que no podía deshacerse del cachorro. Y por supuesto, Charly filmó toda la escena. ¡Fantástico! Ahora toda una clase de cine se burlaría de ella.

12. BARBACOA ACCIDENTADA

AYUDÓ a Alison a preparar la ensalada. Al principio le resultó algo incómodo entablar una conversación sin que a la mente le viniera todo lo que ella le había hecho en el pasado. Pero luego observó que de aquella Alison no quedaba nada. Sus hijos la habían humanizado. Bajó la vista cuando sintió que Bobby, el cachorro de la familia, había vuelto a excitarse con su pierna por enésima vez. Ella sacudió la pierna para que la soltara.

—¡Que pasa contigo Bobby! —Gruñó Alison—. Deja esa pierna en paz —le pidió—. Hace eso porque le agradas.

Ella se rascó la nuca y sonrió. Era bueno saber que solo un perro podía excitarse con ella. Ayudaba a su autoestima. Aprovechó que Alison estaba entretenida buscando los platos para llevar a la mesa, para abrir la puerta que daba al parque. Tal vez así conseguía que el cachorro saliera y dejara en paz su pierna. Bobby movió la cola y huyó. Respiró aliviada. Después de un momento, los dos hijos más grandes de Alison se aparecieron por la cocina.

—¿Has visto a Bobby, mamá?

—Hasta hace unos segundo andaba por aquí, ¿verdad, Rosa?

Ella bebió un sorbo de cerveza y asintió con la cabeza.

Uno de los niños empezó a sollozar.

—Y sí se escapó...

—No se ha escapado, cariño, nadie le ha abierto la puerta.

Ella se ahogó con la bebida y empezó a toser. Se agachó para ponerse a la altura del pequeño.

—¿Qué hay de malo que el perrito haya salido a tomar un poco de aire? —le preguntó.

—Porque le gusta meterse al mar y no sabe nadar —respondió el niño.

—Bueno, esa es una razón más que suficiente para que nadie le abra la puerta.

«Diablos, doblemente diablos». Los hijos de Alison siguieron llamando a su mascota y obviamente, Bobby no aparecía. Los niños empezaron a llorar. La culpa la invadió. Alison movilizó a toda la casa para que salieran a buscar el cachorro. Ella también se apuntó en la búsqueda.

—No es necesario que vayas, Rosa, eres nuestra invitada —dijo Steve.

Agitó una mano en el aire.

—No te preocupes, me gusta ayudar, Steve.

En realidad, era el remordimiento quien la movilizaba.

—Iré contigo —se apuntó Thomas.

Sujetó a Thomas del brazo luego de haberse alejado unos metros de la casa e hizo que se detuviera.

—¿Has visto a Bobby? —preguntó él.

—Fui yo... —dijo.

—¿Qué cosa?

—Yo fui quien abrió la puerta —sintió la necesidad de confesarlo.

Thomas miró a su alrededor y se aseguró de que nadie la hubiera oído.

—¿Por qué lo has hecho? —Susurró—. ¿También formaba parte de tu venganza?

Su ceño se arrugó.

—¡Oh, por Dios, no! —Chilló—. ¿Cómo iba a imaginar que un perro que vive cerca del mar, le gusta meterse al agua y no sabe nadar?

Thomas le rodeó los hombros con un brazo y la apretó contra él.

—Bien, no importa, encontraremos a Bobby, el pervertido —musitó en un tono juguetón—. Pero usted, doctora Cooper, no dirá nada de esto a nadie o no podré traerla a ninguna otra cena de Alison.

¿Acaso él planeaba más salida con ella? Ben se dirigía hacia ellos y traía a Bobby en los brazos. El corazón le regresó al cuerpo.

—Miren a quien he encontrado hurgando en la basura —dijo Ben al acercarse.

Bobby empezó a sacudirse en los brazos de Ben y se soltó para correr hacia su pierna y adueñarse de ella. Contó hasta tres y pidió paciencia.

La cena había vuelto a recuperar los ánimos después de la aparición de la mascota. Se sentía un rico aroma de la carne asada. Steve se enorgullecía de su barbacoa y a cada rato le pedía a Charly que filmara su gran obra.

—Si no quieres arruinar tu documental, no filmes los pies de tu hermano Charly —murmuró Alison, mientras abría una botella de vino tinto.

Steve exhibió sus pies como si fuese un modelo.

—Ojotas y medias, serán tendencia en la próxima temporada —se mofó él.

Alison sacudió la cabeza.

—Vienes anunciándolo hace varios años y nunca llega.

—Sí se ha usado collares para perros como moda, ¿por qué no se puede usar ojotas con medias?

Alison se acercó a su marido y le dio un beso en la mejilla.

—Limítate a usar tus modas solo en nuestra casa, ¿vale?

—¿Tú que piensas, Rosa? ¿Estás de mi bando, verdad? —farfulló Steve, buscando su apoyo.

—No metan a Rosa en sus problemas maritales —intervino Thomas, mientras jugaba un partido de tenis sobre mesa con Ben—. Mejor habla menos Steve y apresúrate con la cena, porque todos nos estamos muriendo de hambre.

Ben arrojó la raqueta sobre la mesa cuando erró el tiro y perdió el partido. Thomas elevó los puños en señal de victoria. Había olvidado de lo competitivo que era el doctor McBelle en el instituto. Siempre se había destacado en los deportes. Él dirigió su vista hacia ella y la apuntó con la raqueta.

—¿Se atreve a jugar un partido, doctora Cooper?

—La barbacoa ya está casi lista —les avisó Steve.

—No te preocupes, ella perderá antes de que la carne termine de asarse —repuso él, muy seguro de sus habilidades.

Ella lo miró boquiabierta, cogió la raqueta que había usado Ben y le sonrió mordaz.

—No cante victoria antes de tiempo, doctor McBelle.

—Si le gana a este bastardo, seré su fiel admirador, doctora Cooper —replicó Ben, divertido.

Charly giró su cámara hacia ellos. Thomas dejó que ella sacará primero. Tuvo un mal saque y él disfrutó su error. Se esforzó para hacerlo mejor. La pelota pasaba la red de un lado al otro. Thomas arrojó un tiro certero que ella no pudo alcanzar y perdió un punto. Podía notar el brillo pícaro de sus ojos. El próximo tanto fue para ella y le hubiese gustado gritarlo, pero se dio cuenta que él se lo había dejado hacer.

—Si quiere, doctora Cooper, podemos detener el partido —dijo él—. Los dos sabemos muy bien que ganaré —arrojó la raqueta en el aire y luego la atrapó con las manos—. Puede evitar el sabor de la derrota.

Le lanzó una mirada astuta por debajo de los párpados. Él disfrutaba hacerla rabiar. Él había conseguido molestarla. Dejó picar la pelota en la mesa y la golpeó con la raqueta con toda su fuerza. La pelota pasó por encima de la cabeza de Thomas y siguió su camino hasta la parrilla de Steve. Abrió grande los ojos. Tal vez se había excedido con la fuerza. Steve en un intento de quitar la pelota de la barbacoa que había empezado a prenderse fuego, dio vuelta la parrilla y la carne se desparramó sobre el suelo. Bobby no tardó en degustar la cena.

Alison empezó a gritar cuando su brazo comenzó a arder. La pelota había rebotado sobre ella. Ben cogió la manguera que estaba en la terraza y la abrió para apagarle el fuego.

—¡Apaga esa cámara, Charly! —rugió Alison, al notar que su cuñado estaba grabando toda la escena.

—Ni de coña, obtendré un diez con este material —dijo él, sin desperdiciar un segundo de filmación.

Steve puso los brazos en jarra y sacudió la cabeza mientras veía como el perro se comía la carne.

—¿Qué diablos ha sido todo esto? Espero que disfrute de mi barbacoa, Bobby.

Ella miró a Thomas y luego el menudo desastre que había ocasionado. Dio un paso hacia adelante y empezó a balbucear:

—Yo... yo...

Thomas se le acercó de una zancada y le cubrió la boca con una mano.

—Bueno, reconozco que ese no ha sido mi mejor tiro —bajó la vista hacia ella y agregó—: Doctora Cooper, ha vencido al campeón del tenis sobre mesa.

Ben abrió una botella de cerveza y le dio un trago, a la vez que no apartaba su vista de ellos. Él había estado observado todo el partido y sabía que ella no había ganado. De hecho, sabía que ella había arrojado la pelota. Pero en vez de lucir enfadado, había algo en su mirada que le decía que se estaba divirtiendo con la situación.

—Como le dije doctora Cooper, de ahora en adelante, seré su fiel admirador —se mofó él.

Thomas le lanzó a Ben una mirada de advertencia.

Alison dejó caer el cuerpo sobre una silla y parpadeó.

—¿Qué no ha sido tu mejor tiro, Tom? ¡Nos has dejado sin cena!

—Iré por comida tailandesa —se ofreció Ben—. Acompáñame Charly —le pidió.

Ella se acercó a Alison para ver su brazo. Tenía algunas quemaduras, pero no era nada grave. Thomas desapareció por un momento y luego regresó con un pote de crema. El frasco se parecía al que él le había enseñado en su departamento. Es realidad, estaba segura que era el mismo. Thomas le estaba poniendo a Alison en el brazo la crema que había hecho con su fórmula. ¿Acaso él se había vuelto loco? Todavía no se había comprobado si la crema daría los resultados esperados en pieles dañadas por quemaduras.

—Debes aplicarte la crema cada ocho horas, Alison —le recomendó él.

Ella lo miró boquiabierta y se alejó. Thomas la siguió por detrás, la sujetó del brazo y la giró hacia él.

—¿Por qué has hecho eso? —Le cuestionó ella—. Debiste consultarme antes, lo que hiciste va en contra de nuestros principios, doctor McBelle.

—Lo hice porque estoy seguro que va a funcionar —le dijo—. Tal vez tú no creas que seas una increíble científica, pero yo sí. Sé que has creado algo que cambiará la vida de muchas personas, doctora Cooper.

—Nada justifica lo que acaba de hacer, doctor McBelle —replicó—. Sabes muy bien que este no es el método para proceder, si alguien nos descubre, pueden quitarnos el título.

Thomas se cruzó de brazo y la estudió con la mirada.

—Admite que por tu cuerpo corre una adrenalina como nunca antes —continuó—. Te sientes aterrada y a la vez feliz porque finalmente obtendrás una respuesta a tu investigación.

Odio que leyera tan bien sus pensamientos. Soltó un resoplido y se apartó de él para ayudar a Alison a arreglar el desastre que ella había causado. Y también para ver de cerca cómo iba evolucionando su piel.

13. LA BOTELLA DE LA VERDAD

LA COMIDA tailandesa había estado deliciosa. Steve no había hecho otra cosa que lamentarse por su barbacoa. Ellos tenían por costumbre jugar a un juego de «*la verdad y el perdón*» para despedir los últimos días del verano. Lo hacían todos los años y quisieron incluirla en el rito. El juego consistía en llenar las copas de cada uno con vino y luego hacer girar la botella vacía en el medio de la mesa y a quien le tocaba, debía decirle la verdad a uno de los integrantes y este tenía la obligación de disculparlo y beberse un sorbo de vino. Quien vaciaba primero la copa de vino era el encargado de lavar los platos. La gracia estaba en hacer pequeños sorbos para dar más perdón.

La botella dio su primer giro y le tocó comenzar a Charly. Él se volteó hacia su hermano y lo señaló con la copa.

—Steve, busco tu perdón —empezó diciendo—. ¿Recuerdas el dinero que me diste para que le comprara a tu esposa la pulsera como regalo de aniversario? —Steve asintió con la cabeza y él siguió—: Cuando te dije que no pude comprarla porque me habían robado, te mentí —hizo una pausa—. Usé ese dinero para irme a Holanda.

Steve apretó los puños e hizo un gran esfuerzo para no sobresaltarse, luego bebió un sorbo de vino.

—Te perdono —dijo él, a través de los dientes.

—¿Le diste dinero a tu hermano para que comprara mi regalo de aniversario? —protestó Alison.

—Mi turno —expresó Steve—. Alison, busco tu perdón. Lamento haberle pedido a mi hermano que comprara tu regalo de aniversario.

Alison respiró hondo y exhaló una bocanada de aire. Sujetó la copa del pie y tomó un trago del líquido oscuro.

—Te perdono —musitó—. Rosalinda, busco tu perdón —la miró a los ojos y agregó—: Lamento haberte hecho la vida imposible en el instituto, como haberte robado tu ropa mientras te duchabas o burlarme de lo rara que eras.

Charly chasqueó la lengua.

—Que perra eras, cuñadita...

Alison lo fulminó con la mirada.

—Mejor cierra el pico, Charly, porque ha sido tu hermano el que te ha perdonado que le robaras su dinero, no yo.

Uuu... nunca se hubiera imaginado que recibiría unas disculpas de la mismísima Alison. Las cosas que habían pasado no podían cambiarse, pero esos recuerdos podían hacerse menos pesados. Cogió la copa y bebió un sorbo de la bebida.

—Te perdono —aceptó sus disculpas.

Ben sujetó la botella del medio de la mesa.

—Debemos hacer girar otra vez la botella —dijo Ben—. Rosa es nueva en esto y no tiene nada que decirnos.

—Te equivocas, si tengo cosas que decir —replicó ella.

—No, no tienes... —la contradijo Thomas en un tono firme.

Sus cejas se unieron en un gesto de confusión. ¿Por qué él no quería que ella hablara?

—Es mi turno y quiero usarlo —defendió su postura.

—Estás en tu derecho, usa tu turno, Rosa —la apoyó Alison.

Ella se volteó hacia Ben. Suspiró y bajó el mentón cuando le dijo:

—Ben, busco tu perdón...

Él se reclinó en la silla y se cruzó de brazos, mientras que la observaba con una sonrisa burlona en los labios.

—Lamento haber hecho que clausuraran tu bar, fui yo las que arrojé las termitas —la sonrisa de él desapareció—. Lo hice porque tenerlos cerca me traía malos recuerdos. Arruinaron mi adolescencia, ¿vale? —Ben seguía sin decir nada—. Thomas lo sabía y me pidió que no dijera nada —comentó, para que la atención pasara hacia él.

Ben miró a su amigo de golpe.

—¿Tú lo sabías?

Thomas se aclaró la garganta.

—¿Sí?

Ben tomó un largo trago de vino, pero no lo suficiente para vaciar la copa.

—Te perdono, Rosa —dijo—. Thomas, busco tu perdón. Lamento haberte mentido cuando te dije que no me había acostado con la última esposa de tu padre. No lo hice, porque comprendí la razón por la que él se quería casar con ella. ¿Me perdonas, compañero? —le preguntó sarcástico.

Thomas cerró los ojos y se humedeció el labio inferior con la lengua. Él parecía una mina a punto de estallar.

—Gracias, Ben, por hacer que una prostituta se robara todo el dinero de mi padre —murmuró, despacio—. Te perdono, compañero —repuso irónico, a la vez que bebía un trago—. Rosa, busco tu perdón.

De repente, el aire del ambiente se había tensado. Sacar los trapitos al sol no parecía ser tan buena idea.

—Lamento haberte engañado y hacerte creer que no te conocía. Te estuve siguiendo el paso todo este tiempo, y los que estás aquí presente me ayudaron a encontrarte, exceptuando Steve y Charly —le aclaró—. Lamento haber arruinado tu adolescencia. Todos lo lamentamos, por eso te buscamos.

A ella se le formó un nudo en la garganta. Alison bajó la vista avergonzada. Ben movió sus labios pidiendo disculpas. Había sentido tanto odio hacia ellos por muchos años, y ahora sentía como si le hubieran quitado una tonelada de encima. Ella los había seguido imaginando como esos chiquillos malcriados. Pero todos habían crecido. Ella había crecido.

—Yo también era de los raritos como tú, Rosa —comentó Steve.

Ella sonrió.

—Supe que eras de los míos a penas te vi —replicó. Echó una ojeada a cada uno y siguió—: Los perdono.

Alison extendió sus brazos y cogió sus manos entre las de ella.

—Gracias...

Bien, el juego debía continuar.

—Alison, busco tu perdón —dijo ella—. Fui yo la que abrió...

De repente, Thomas se levantó abruptamente de la mesa y la interrumpió.

—Debemos irnos, Rosa.

Ella se le quedó mirando sin comprender su repentina reacción.

14. LA LLAMADA

THOMAS frenó el coche cerca del muelle y le pidió que bajara. ¿Acaso había enloquecido? Ella se desabrochó el cinturón y lo siguió por detrás. Él se quitó el calzado y hundió los pies en la playa, mientras observaba la marea.

—Se va el verano, se van las personas y en unos días este lugar quedará desolado —comentó—. Mi madre solía traerme aquí de niño —le contó nostálgico.

La brisa era fresca y él se quitó el abrigo para cubrirle los hombros.

—¿Ella volvió a casarse después del divorcio? —le preguntó.

Thomas se metió las manos en los bolsillos del pantalón y la miró por encima del hombro.

—No, hasta el día de hoy sigue esperando que mi padre vuelva a su lado —respondió—. Lo peor es que ni siquiera lo puede ver porque su última esposa le prohibió la entrada al hospital. ¿Y sabes que es lo más divertido? Mi madre es quien le paga los tratamientos de su salud. Su joven esposa lo dejó en la quiebra y el muy bastardo se acordó que tenía una familia en los Estados Unidos cuando enfermó.

—Y a pesar de todo, tú decidiste venir a acompañarlo en sus últimos días.

—No lo hice por él, Rosa, lo hice por mi madre. Y... también por ti, había planeado buscarte antes de enterarme de la enfermedad de mi padre. Quería amigarme con mi pasado, y para eso debía arreglar mis destrozos y de esa forma poder mirar hacia adelante. Y tú, Rosalinda Cooper, encabezabas mi lista.

—Me alegra que me hayas buscado, Thomas —le confesó—. He dejado de tener esas pesadillas cuando me llamabas «*Rosalinda, la flor más fea*».

Él agachó la cabeza para ocultar una sonrisa y giró su pie en la playa.

—Vaya, me había olvidado de esa frase...

—Es todo un placer hacerte recordar lo asno que solías ser.

Ahora él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Que haría sin usted, doctora Cooper —él extendió un brazo y le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja—. En ese tiempo era muy tonto para no ver lo hermosa que eras.

Bajó la vista y se sonrojó, a pesar de que le era difícil creer que él la considerara hermosa. Thomas le alzó la barbilla con el dedo y la obligó a que lo mirara a los ojos.

—Rosalinda, la flor más bella.

—Si sigues diciendo eso, lo terminaré creyendo.

—Es que quiero que lo creas.

La boca de él esbozó una sonrisa lenta y traviesa.

—¿Cuál ha sido su locura más grande, doctora Cooper?

Intentó hacer memoria, pero no le vino nada a la mente. No recordaba, porque ella era las que no rompían ninguna regla. Su silencio dijo todo.

—¿Cómo harás reír a tus nietos si nunca has cometido una locura?

Él volteó hacia el mar y luego dirigió su vista hacia ella.

—¿Le apetece un baño, doctora Cooper?

Ella se cruzó de brazos y sacudió la cabeza.

—¿Estás de broma, verdad?

Él empezó a quitarse la camisa. Abrió los ojos como plato. Él hablaba en serio.

—¡El agua está helada, Thomas! —quiso hacerle entender.

—Si no lo estuviera, no sería una locura, Rosa —se desabrochó los pantalones y se los quitó—.

¿Vendrás al agua conmigo?

—Pueden vernos...

—Y ahí es donde está la emoción, cariño.

—Uno de los dos debe ser el adulto aquí.

—Claro, olvidaba que la doctora Cooper tiene noventa años y no rompe ninguna regla —agitó una mano en el aire y añadió—: Aburrida.

Ella lo miró boquiabierta. ¿Con que era aburrida? ¡Ja! Ella también podía romper reglas. Se quitó los zapatos y empezó a desvestirse. Él la miró de abajo hacia arriba cuando quedó en ropa interior. Llevaba un sexy conjunto de encaje.

—Te ves... uauu... —soltó un resoplido—. Deberían multarte por usar ropa, cariño, deberían obligarte a andar así todo el tiempo.

Revoleó los ojos como respuesta. Y él le sujetó la mano y la llevó al mar antes de que se arrepintiera. El agua estaba helada. Las olas golpeaban contra ellos. Una pareja de ancianos que caminaba en la playa se rieron al verlos. Era la locura más grande que había cometido y sin ningún sentido. Él la rodeó con los brazos y la apretó contra el pecho cuando la vio temblar de frío.

—¿Así está mejor? —le preguntó, dándole calor con su cuerpo.

Ella asintió con la cabeza.

Thomas ahuecó una mano en su mejilla y acercó sus labios a su boca con cuidado y la besó. Ella dejó que la besara y le gustó. Otra ola rompió contra ellos y los separó.

—¡Hey, ustedes, no pueden estar ahí! —gritó un oficial que los alumbraba con la linterna.

Ellos salieron del mar, cogieron su ropa de la playa y corrieron hacia el coche.

—Bueno, eso estuvo cerca —comentó Thomas, divertido, mientras encendía la calefacción del vehículo.

—Terminar presa por exhibicionista hubiera arruinado mi legajo —replicó entre risas.

Ella se hundió en el asiento y se secó el rostro con la camiseta. Los dos se habían subido al coche mojado y en ropa interior. Intercambiaron miradas cómplices y sonrieron. El corazón le latía a toda velocidad. Thomas inclinó la cabeza y atrapó sus labios de una forma explosiva. La sujetó de la cintura y la llevo contra su regazo. Ella se sentó a horcajadas y tomó su rostro entre sus manos. Él le desabrochó el sujetador y le deslizó los tiros lentamente por los hombros. Se le escapó un gemido cuando empezó a masajear sus pechos.

—Por esto también pueden meternos preso, ¿lo sabes, verdad? —susurró ella.

Él sonrió contra su piel.

—Lo sé...

Thomas hundió sus dedos en sus muslos y la apretó contra su miembro erecto. Ella se reclinó y soltó un gritito cuando se golpeó la espalda con el volante y al acomodarse, tocó la bocina con el codo.

—Intenta no delatarnos, ¿vale? —se mofó él.

—El asiento de atrás parece más cómodo...

Él echó una ojeada hacia atrás.

—Buena idea, cariño.

Ella se pasó a la butaca trasera, mientras él sacaba un papel metalizado de la guantera y se ponía la protección. Thomas la cubrió con su cuerpo, le sujetó las muñecas y le llevó los brazos por encima de la cabeza. Ella le rodeó las caderas con las piernas.

—Me vuelves loco, Rosa —dijo con la voz ronca—. Debí buscarte antes.

Él se apoderó de su boca y le enseñó el buen amante que imaginó que era desde que tenía dieciséis años.

Dibujó un corazón en el vidrio empañado de la ventanilla. Su verdugo, su amante. Se mordisqueó el labio inferior y sonrió. Thomas la apretó contra él y le dio un beso tierno en la coronilla.

—¿Quieres repetirlo?

Ella se apartó y lo miró a los ojos, divertida.

—¿Ahora?

Él enarcó una ceja.

—¿Acaso no te gustó?

Ella buscó sus bragas y se las puso.

—Preferiría que la próxima fuese en una cama, machote.

—Me parecía que la doctora Cooper por esta noche ya había roto demasiadas reglas —se mofó.

Ella apretó los labios y le arrojó la ropa para que se cambiara.

—Habla demasiado después del sexo, doctor Mcbelle.

Thomas la sujetó de las caderas y la llevó encima de él. La miró a los ojos por un momento y luego dijo:

—Hablo demasiado cuando el plato me gustó y quiero seguir comiendo —le dio un beso rápido y la soltó.

El teléfono de él empezó a sonar. Thomas atendió el llamado y al instante, su rostro se transfiguró. Ella frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, Thomas? —le preguntó luego que él colgó.

—Era el doctor de mi padre —carraspeó—. Él no cree que pase de esta noche —le contó.

15. HERIDAS QUE NO CICATRISAN

ACOMPAÑÓ a Thomas al hospital a ver a su padre. Él sujetó su mano cuando el médico le informó la gravedad del asunto. Sus manos le sudaban y notó que estaba aterrado, por más que intentaba disimularlo. Se sentaron en las butacas que estaban en el corredor, mientras esperaban que autorizaran a Thomas a pasar a terapia. De repente, apareció una voluptuosa y joven mujer gritando que quería ver al señor McBelle.

Thomas la miró de reojo y dijo:

—Tranquila, ella es Nina, mi madrastra.

Tragó saliva. Ahora entendía porque había llevado al señor McBelle a la ruina. Debía ser difícil complacer a una mujer como ella. Thomas se levantó de la silla y sujetó a Nina del brazo y la hizo a un costado. No pudo oír lo que hablaban, pero lo que él le dijo, hizo que Nina acabara llorando en los hombros de Thomas.

El doctor salió de terapia y le pidió a Nina que ingresara a la sala porque su marido quería verla. Thomas miró al techo y exhaló una bocanada de aire.

—¡Increíble! —Masculló, sacudiendo la cabeza—. Hasta en sus últimos minutos de vida, mi padre sigue poniendo sus mujerzuelas en primer lugar que a su familia —él sacó su móvil del bolsillo—. Le avisaré a mi madre.

¿Y ella se quejaba de su familia? El dinero no era símbolo de amor verdadero. Se dirigió a la máquina de café y metió dos monedas. Le dolía verlo tan triste. Lo que había ocurrido entre ellos hacía solo unas horas, había sido tan intenso, que ni siquiera lo podía explicar con palabras. El amor adolescente que había sentido por él, había vuelto a renacer. Sacó los café de la máquina y le convidó con uno.

—¿Pudiste comunicarte con tu madre? —quiso saber.

Él asintió con la cabeza y bebió un sorbo de café. Se sentó en la butaca y apoyó la cabeza contra la pared, a la vez que cerraba los ojos, abatido.

—¿Cómo una mujer puede amar a un hombre que la ha despreciado toda su vida? ¿Existe alguna explicación para eso?

Ella se sentó a su lado, extendió un brazo y apoyó su mano en su rodilla, intentado animarlo.

—Dicen que el amor en ciego, ¿no?

Él esbozó una sonrisa mordaz y resopló.

—Es muy sabia, doctora Cooper.

Nina salió de terapia y le avisó a Thomas que su padre quería verlo. Él se acabó el café de un solo trago y arrojó el vaso al cesto de basura.

—Te esperaré afuera —le dijo.

—No me dejes solo con él, Rosa —musitó Thomas, en un tono de desesperación.

Estar en el medio de los últimos momentos que podían tener un padre y un hijo, no era algo que la complacía, pero no pudo negar su petición. Entrelazó los dedos con su mano, se la apretó y pasaron a la sala.

—¿Thomas?

—Sí... —afirmó él.

El señor McBelle no se parecía en nada al hombre que recordaba. La enfermedad lo había consumido. Él estaba tendido en la cama conectado al respirador.

—Acércate —le pidió.

Thomas se acercó y ella se quedó a unos pasos de la puerta.

—¿Crees que me has vencido porque me estoy muriendo, verdad? —empezó diciendo él con el poco aire que le quedaba en los pulmones.

«¡Vaya! ¡Menudo modo que tenía ese hombre para empezar a despedirse!»

Thomas bajó la cabeza y respondió:

—No.

—Has sido mi mayor fracaso, Thomas —dijo él—. Eres débil como tu madre. Pudiste tenerlo todo, pero elegiste llevar una vida simplona.

Ella se quedó boquiabierta. No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Por qué debí seguir tu ejemplo, verdad? Permitir que mujerzuelas me lleven a la ruina. Porque ese fue tu verdadero éxito —se defendió Thomas.

El señor McBelle empezó a agitarse.

—¿En serio crees que esas mujeres pudieron engañarme? Preferí dárselo todo a ellas, antes que tú tocaran un solo centavo de mi dinero.

Ella quiso sacar a Thomas de la habitación, abrazarlo y llenarlo de amor. ¿Cómo podía decirle esas cosas a su hijo en su lecho de muerte?

Thomas arrastró una silla, la puso a un costado de la cama y se sentó. Miró a su padre fijamente a los ojos y le dijo:

—Te perdono, te perdono por todas las cosas que me has hecho. Te perdono por haber lastimado a mi madre, la única mujer que de verdad te amo. La que pagó para que murieras en este hospital y no en la calle —continuó—. Como castigo, tendrás que vivir con eso en el infierno.

Él se levantó y salió de la sala con el corazón destrozado. Le lanzó al moribundo una mirada de desaprobación y fue tras Thomas. ¿Tanto odio podía tener una persona? La verdadera enfermedad de ese hombre era su maldad. Thomas extendió un brazo y le pidió que no se le acercara.

—Vete, Rosa...

—No quiero irme —expresó—. Quiero estar a tu lado.

—¡Te he dicho que te largues! —rugió.

Ella sacudió los hombros.

—Me necesitas, Thomas. Necesitas que alguien te acompañe.

Él sacó su billetera, la abrió y cogió algo de dinero para dárselo.

—Busca un taxi para que te lleve hasta tu casa.

Dio un paso atrás y se negó a recibir su dinero.

—¿Por qué haces esto? Solo quiero ayudarte, Thomas.

Él dejó sus narices muy cerca de la suya.

—Porque nos hayamos acostado hace unas horas, no te da el derecho en meterte en mi vida, Rosa. Su comentario la hirió. Él tenía razón. ¿Quién era para meterse en su vida?

—¿Acaso no has visto a mi padre? Acabaré como él, Rosa. Huye ahora que estás a tiempo.

Ella lo apartó con los puños y buscó su bolso que estaba encima de la butaca. Se detuvo a unos metros de él y lo miró por encima del hombro.

—Tú no eres como él, Thomas.

Él se pasó una mano por la boca y apartó su vista hacia un costado, intentando ocultar su dolor. Quiso correr a abrazarlo, pero sabía que la rechazaría. Observó al Thomas de quince años atrás, con heridas que le tardarían en cicatrizar.

16. VOLVIENDO A LA NORMALIDAD

OYÓ música cuando ingresó al departamento. Observó a Violette bailando salsa en medio de la sala. Bailaba como loca cada vez que algo bueno pasaba en su vida. No había otra explicación para que lo hiciera a las ocho de la mañana. Su madre giró hacia ella y abrió grande los ojos cuando la vio llegar.

—¡Rosa! —Gritó—. ¿A dónde te habías metido?

Ella se recostó sobre el sofá de un tirón. Estaba cansada y quería dormir todo el día.

—Es una historia larga, mamá... —balbuceó.

Violette se sentó en la mesa baja que estaba delante del sillón y extendió su brazo para enseñarle su mano izquierda.

—Dime si te gusta... —le consultó.

Ella entreabrió los ojos y observó un bonito anillo en su dedo anular.

—Es lindo, parece de compromiso —dijo.

—Parece de compromiso, porque es de compromiso —replicó su madre.

—¿Cómo has dicho?

—¡Voy a casarme, Rosa!

De repente, el sueño se le fue. ¿Casarse? ¿Qué había pasado en las pocas horas que ella había estado fuera de su casa?

—¿Con quién?

Violette se cruzó de brazos y ladeó la cabeza hacia un costado.

—¿Con quién más, Rosa? ¡Con Mike!

Bueno, ahora sí que estaba confundida.

—¿Mike? —Repitió—. ¿Pero él no te había engañado?

Violette sacudió una mano en el aire, restándole importancia a su pregunta.

—Todo fue un mal entendido, él nunca salió con su alumna.

Sabía que esa historia no podía ser cierta. Mike era un buen hombre. Hacía cinco años que salía con su madre y podía notar lo enamorado que estaba de ella.

—La familia de su alumna son dueños de una joyería, y hablaba en secreto con ella para comprarme mi anillo —le contó—. Él me trajo el desayuno y metió la sortija en el panecillo. Casi me lo trago, pero esa es otra historia.

—¿Entonces vas a casarte?

Violette asintió con un frenético movimiento de cabeza. Las dos empezaron a gritar y a bailar salsa alocadamente. La salsa era su ritmo favorito. Se detuvo con el pecho agitado y se apartó un mechón de pelo del rostro.

—Espera un momento, ¿dónde está Mike ahora?

—Él está en el baño y ha llevado una revista, así que se demorará su tiempo.

Las dos volvieron a gritar y ella observó de más cerca el anillo. Finalmente, su madre se iría de su departamento. Su vida volvería a la normalidad otra vez. No más citas. No más padre para sus nietos. No más ropa tirada por todos lados. Violette la observó con una amplia sonrisa iluminada. Pero amaba a su madre y le perdonaba cualquier cosa. Después de haber conocido a la familia de Thomas, que parecían tenerlo todo, pero carecían de lo más importante: Amor. Hizo que apreciara mucho más lo que tenía.

—Te quiero, mamá —expresó—. Me hace feliz verte feliz.

Violette se llevó una mano al pecho y soltó un gemido.

—Oh, galletita, también te amo.

Se oyó que jalaron la cadena del baño.

—Mike ya ha enviado su Fax —se mofó Violette.

Cortó un pedazo de panqué que Mike había preparado para ella y se lo llevó a la boca. Después de tanto griterío, el sueño se le había ido. Bebió un sorbo de café y sonrió cuando Violette intentaba convencer a su futuro esposo para que usara un peluquín en la boda. Mike la miró desesperado en busca de apoyo. Ella se compadeció de él.

—Es de mala suerte comenzar un matrimonio con engaño, ¿usar pelo falso no sería un engaño?

Mike se acomodó sus gafas por encima del tabique de la nariz.

—En teoría sí, es ocultar la realidad de mi calvicie.

Violette entornó los párpados.

—Te has inventado eso, Rosa —dijo. Miró a Mike y agregó—: Bien, tú ganas, no usarás peluquín.

Ella y Mike chocaron las manos por haber ganado esa pulseada.

—Siempre soñé que mis damas de honor usaran vestidos pomposos y de color melocotón —musitó Violette, dando giros y abriéndose la falda.

Ella se atragantó con el café. Le echó una ojeada a Mike para que saliera a su defensa, pero el muy cobarde desvió su mirada hacia otro costado.

—Espero no estar dentro de esas damas de honor —comentó.

—Por supuesto que no, Rosa, tú serás LA DAMA DE HONOR —la corrigió, haciendo énfasis en las últimas palabras con sus manos—. Tu vestido debe resaltar del resto, tendrá más bolados.

¡Oh, por Dios! Su madre hablaba en serio. Y sería una autentica perra si intentaba contradecirla en el día de su boda. Le dio otro bocado al panqué y lo masticó despacio. Bien, ese era el precio que debía pagar para que su madre se mudara de su departamento.

—Podrás invitar a quien quieras a la boda, ¿verdad, Mike?

Él asintió con la cabeza.

—Haré que te sientes en la mesa en donde estén todos los solteros —siguió planificando—. Mantendré a tus primas alejadas de todos ellos.

—Ya deja a tu hija en paz, Violette, o ella no vendrá a nuestra boda.

—Gracias, Mike, es bueno tenerte en la familia.

Miró la pantalla del teléfono que estaba encima de la mesa cuando creyó que le había llegado un

mensaje. Esperaba que Thomas le respondiera. Había intentado llamarlo, pero él no la atendía. Quería acompañarlo en un momento como ese. Thomas estaba destrozado y le dolía verlo así. Sabía que las cosas entre ellos no podían acabar de esa manera. Sabía que él no había querido echarla del hospital. Le había hablado su parte herida. Y no era para menos, menudo padre le había tocado. Estaba equivocado al creer que terminaría como el señor McBelle. Thomas no era un monstruo. ¿Un monstruo no busca a una persona después de quince años para disculparse por haberla lastimado, verdad? Tampoco se toma la molestia en ayudarla en su investigación, ni la invita para que cene con sus amigos. Sonrió al recordar la noche anterior. Ni se bañan en el mar y le hace el amor en un coche.

—Él te llamará cuando esté preparado, Rosa —farfulló Violette.

Le había contado a Violette todo lo que había ocurrido con Thomas. Bueno, no todo, solo la parte que podía oír. ¡Dios santo, ella era su madre!

—Lo sé, pero anoche cuando lo dejé en el hospital lo vi tan triste que...

—Hay personas que necesitan estar solas para enfrentar el duelo —murmuró Mike—. Tal vez ese sea su caso.

Violette le sujetó una mano entre las suyas y se la besó.

—No te preocupes, si él no te devuelve las llamadas, buscaré a otros padres para mi nieto.

Puso los ojos en blanco.

—Mamá...

—Era una broma, Rosa —aclaró—. Pero haré una lista larga de solteros para la boda.

17. EL NUEVO DIRECTOR

SUS DÍAS de paro habían acabado. El doctor Karson le había pedido que fuera el lunes a su oficina. Él anunciaría al nuevo director. Las partes dañadas del laboratorio por el incendio estaban siendo reparadas. Las instalaciones se habían movido hacia otro centro de investigaciones. Tenía un nudo en la boca del estómago. Finalmente, el día había llegado. Un grupo de pasantes la detuvieron en el corredor y le desearon suerte para el puesto. Era bueno saber que si la elegían como la nueva directora, tendría la aprobación de algunos científicos.

Ella había llegado a la reunión unos minutos antes. Ingresó a la oficina y se quedó helada cuando halló a Thomas hablando con otros colegas. Él no le había devuelto las llamadas. Ella se había puesto en contacto con Ben y él le avisó que el señor Mcbelle había fallecido esa misma noche que ella había visto a Thomas por última vez. Nunca imaginó que regresaría a trabajar tan pronto. Pero se alegró de verlo. Se sentó en la mesa larga que había en el despacho, en frente de Thomas. Apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

—Pensé que ibas a tomarte unos días de descanso —comentó.

Él dejó de conversar con el jefe de redacción de la revista de ciencias y volcó toda su atención hacia ella.

—Debemos hablar, Rosa —continuó—. En privado —le aclaró—. ¿Podrás después del anuncio?

No esperaba que él se pusiera feliz por verla, pero tampoco que le hablara con tanta frialdad. Probablemente él no sabía que decirle luego de las cosas horribles que le dijo la última vez. Ella quiso tranquilizarlo.

—No te preocupes, Thomas, no estoy enfada porque no hayas devuelto mis llamadas —le dijo—. Entiendo por lo que debías estar pasando —susurró.

—Regreso a Nueva York, Rosa —le avisó de un tirón.

Tragó saliva. ¿Regresaba a Nueva York? Bueno, ahora sí estaba enfadada. Algo dentro de ella se quebró. Él pudo haberle dicho cuáles eran sus planes antes de seducirla. Debió decirle que su estadía en Londres era momentánea. Thomas Mcbelle seguía siendo el mismo desgraciado de siempre.

—Rosa yo...

El doctor Karson ingresó a la oficina y los interrumpió. Él se sentó en la cabecera de la mesa y empezó a hablar. Ella se encontraba bastante aturdida para oír los que decía.

—¿Cómo va su investigación, doctora Cooper? —le preguntó él.

Antes de entregarle los resultados de su investigación, quería asegurarse que la fórmula funcionase. El brazo de Alison se estaba recuperando a la perfección. Pero todavía no quería hablar de ello.

—Perdí gran parte en el incendio, pero he hecho varios avances —respondió.

El doctor Karson parecía haberse decepcionado y añadió:

—Lamento oír eso, doctora Cooper, pero los postulantes a ocupar mi puesto debían presentar su investigación en la fecha establecida, y los directivos elegiríamos a la persona idónea para el cargo.

—Lo sé, pero no he podido llegar a tiempo.

—El doctor John nos ha dejado su trabajo y sería injusto para él concederle más tiempo de lo pactado.

Definitivamente, ese era uno de esos días que no debió salir de su casa. John le dedicó su sonrisa triunfadora, luego movió sus labios y pudo leer la siguiente palabra: «*perdedora*».

—Pero la doctora Cooper viene con su investigación hace cuatro años —intervino Thomas—. El incendio ha sido un daño colateral para su trabajo, deberían contemplar ese detalle.

No necesitaba que él la defendiera. Maldito embustero. «Thomas regresaría a Nueva York», repetía su cabeza una vez y otra vez.

—El incendio nos afectó a todos, doctor McBelle —replicó John.

—La investigación del doctor John nos ha sorprendido —repuso el doctor Karson—. Estamos seguros que llevará a los laboratorios R&C a otro nivel en el mercado. Le he dejado a cada uno una carpeta con el resumen del trabajo del doctor John. En los próximos meses enfocaremos nuestra atención en esto.

No había nada más que agregar: John sería el nuevo director. Ella cogió la carpeta y la abrió. Sus ojos se movían al ritmo de la lectura. De repente, le empezó a faltar la respiración. Todo le resultaba familiar. Le era familiar porque...

—¡Maldito gilipolla! —Rugió Thomas—. Le has robado la investigación a la doctora Cooper —echó la carpeta contra la mesa—. ¡Las fórmulas no son tuyas!

John se levantó abruptamente de su asiento.

—¡Él miente! Está intentando desacreditarme.

—¿El doctor John le ha robado su trabajo, doctora Cooper? —le preguntó el doctor Karson.

Ya había pasado por esto, no era la primera vez que John le robaba sus fórmulas. No podía hacer nada. No tenía pruebas. El incendio le había quemado casi todo. Y fue ahí cuando comprendió que John había estado detrás del incendio. Él lo había planeado todo para quedarse con su investigación. Era demasiado, no lo podía soportar. Se limpió una lágrima que empezó a rodar por su mejilla. Solo quería salir corriendo de ahí. El pánico se apoderó de ella.

—No puedo con esto... —dijo, mirándose las manos aturdidas.

—¿Qué haces, Rosa? Diles a todos que este es tu trabajo —la espetó Thomas.

Pero ella solo atinó a levantarse de su asiento y salir corriendo del despacho.

Thomas la siguió por detrás. La cogió del brazo y la detuvo a mitad del pasillo.

—¡Vuelve a esa oficina ahora mismo! —Le ordenó—. ¿Dejarás que John se quede con tu investigación?

Ella le quitó las manos de encima.

—¿Y a ti que te importa? Tú te irás a Nueva York.

Él puso los brazos en jarra y sacudió la cabeza.

—No haces nada porque sientes miedo. El miedo a fracasar te paraliza —concluyó—. La fórmula funciona, Rosa. Tú la creaste y debes ser la que se lleve todo el mérito.

Se enjuagó las lágrimas con las yemas de los dedos.

—Que nos hayamos acostado días atrás, no significa que me conoces. ¿Qué fue lo que me dijiste? ¡No te metas en mi vida! —le recordó—. Bueno, estoy de acuerdo contigo.

Thomas dio un paso hacia ella y dejó sus narices muy cerca de las suyas.

—Que cobarde eres, Rosa. ¿Hasta cuándo dejarás que las personas se aprovechen de ti? Siempre habrá un verdugo en tu vida, antes era yo, ahora es John —hizo una pausa—. No dejes que ese gilipollas te gane.

Se sorbió la nariz con el dorso de la mano. Sí, era una cobarde. Dejaría que otro lucrara con su investigación. Dejaría que Thomas se marchara a Nueva York. Lo único que hacía bien era llorar y lamentar por las cosas que no podía hacer.

—Tal vez me siento cómoda con el papel de víctima...

Giró los talones y se marchó.

18. LA VALENTÍA ES UNA CUALIDAD

ECHÓ UNA ojeada a su nueva sala de investigación, era más pequeña que la anterior y solo contaba con una parte de su equipo de trabajo. John sería el nuevo director. Él había hecho que la asignaran a ese sitio. Era el sector más solitario de los laboratorios R&C. Podía gritar y nadie la oiría. Se sentó a un lado de Jane y le dio una banana, y ella empezó a comer su almuerzo.

—Quedamos solas otra vez, compañera.

Jane le enseñó toda su dentadura y se rascó la cabeza. En pocas semanas Jane también se iría. Había buscado una reserva en África para que fuese el nuevo hogar de ella.

—¿Extrañas a Thomas, verdad?

Jane siguió haciendo morisqueta. Suspiró. Él debía estar partiendo hacia Nueva York. No había querido quedarse más tiempo para no ver a John ocupando la silla del doctor Karson. Hincó el tenedor en la ensalada y se lo llevó a la boca. Su teléfono empezó a vibrar. Era un mensaje de Violette. Deslizó el dedo por la pantalla para leerlo.

—¡Oh, por Dios! —exclamó, alejando el teléfono de su vista.

Su madre le había enviado una foto de un hombre completamente desnudo. Ella le volvió a echar una ojeada a la imagen. «Interesante», pensó. Violette le mandó otro mensaje:

«¿Te gusta? –Emoticon de carita feliz–».

«¿Qué me has enviado?», le preguntó.

Violette no tardó en responderle:

«No te enojas, pero te he inscripto en esas páginas de citas y Robin ha sido tu primer interesado. Él fue amable en enviarme una foto personal, ¿a qué está chulo, verdad?».

¿Robin? Puso los ojos en blanco. Se había equivocado cuando creyó que su madre al volver con Mike dejaría de meterse en su vida y se ocuparía solo de su boda. Violette le siguió escribiendo:

«¿Recuerdas la foto que te tomé en el baño mientras te duchabas? Era para él. Robin ha quedado encantado contigo y quiere verte».

¿Robin la había visto desnuda? Un escalofrío recorrió su cuerpo. Mike enviudaría antes de casarse.

«–Emoticon de ogro japonés– ¡No te metas en mi vida, mamá! Y elimina esas fotos».

¿A cuántos Robin su madre le habría enviado esas fotos? No quiso ni pensarlo. Después de unos minutos, Violette volvió a enviarle otro mensaje.

«–Emoticon de carita triste–. Lo siento, Rosa. Le he escrito a Robin y le he dicho que no estás interesada. También lo he borrado de mi lista de invitados para la boda».

¿Ella había invitado a un desconocido con una gran... talento a su boda? Definitivamente, Violette había enloquecido.

«Mantente al margen, mamá. No más citas, ¿vale?»

Apagó el móvil. Si lograba que Violette dejara de buscarle candidatos, sería un milagro. Robin

había conseguido que se le bajara la insulina. Salió al corredor para buscar un dulce. Metió una moneda en la máquina y la golosina se le trabó. La máquina había sobrevivido al incendio y seguía quedándose con los dulces.

—¡No te quedarás con mi golosina! —le gritó al aparato.

Por suerte nadie había oído eso. Desenchufó la máquina y luego metió la mano por el orificio donde salían los dulces. Sacó varias en recompensa de todas las golosinas que le había robado. Se sentó en el suelo y se dio un atracón con gomitas y chocolates. No dejaría que nadie más le robara. Abrió el último paquete de chocolate que le quedaba y le dio un mordisco. Sí le había ganado a una máquina, también podía ganarle al bobo de John. Thomas había tenido razón en llamarla cobarde. En su vida aparecerían más verdugos, ¿pero hasta cuándo dejaría que esos verdugos la siguieran lastimando?

La valentía era una cualidad que debía cultivarse día a día.

Se acabó el chocolate de un bocado y se puso de pie. John debía ser desenmascarado. Ella se dirigiría a la oficina del director y le contaría la verdad. Todavía estaba a tiempo de cambiar las cosas. Y si no le creían, al diablo con todo. No podía seguir en un sitio en donde el futuro director era un ladrón.

Giró los talones cuando se acercó a la puerta de la oficina del doctor Karson y se retractó de golpear. Ya no le parecía tan buena idea. Tanta azúcar le había nublado el juicio. ¿Qué iba a decir? «John me robó mi investigación». Se paseó de un lado a otro por el corredor. Piensa, Rosa, piensa. Debía ser astuta con sus palabras. Su profesión estaba en riesgo. El corazón se le detuvo cuando la puerta del despacho se abrió. Salió una mujer, no pudo verle el rostro, pero le resultaba familiar.

—¿Alison?

La mujer se detuvo y se volteó hacia ella.

—Rosa... no esperaba verte por aquí—murmuró algo incómoda.

Ella caminó hacia Alison.

—Bueno, aquí trabajo —replicó—. ¿Pero tú que hacías en la oficina del director? —le preguntó.

Alison jugó con la argolla de su bolso y miró hacia otro costado.

—He venido a ayudarte, Rosa.

—¿Ayudarme? —Repitió, despacio—. ¿Cómo?

—Thomas me ha pedido que venga y hablara con el director sobre el resultado de tu crema —le explicó.

Su rostro se iluminó.

—¿Thomas está aquí? —quiso saber.

—No, él está en Nueva York —dijo—. También creo que ha sido una mala idea que él se fuera.

Por un momento tuvo la ilusión que él seguía en Londres. Sacudió la cabeza y apartó esa idea.

—¿Dices que has hablado con el director sobre los resultado de mi crema?

—Sí, Rosa, he hablado con él como Thomas me pidió.

Alison le enseñó el brazo que se había quemado. Las cicatrices prácticamente habían desaparecido. Soltó un gemido. Su fórmula funcionaba.

—Otras personas también deben beneficiarse de esto, Rosa —expresó—. No dude un segundo en venir cuando Thomas me contó lo que te habían hecho. Mereces ese puesto.

—Gracias, Alison —dijo—. ¿Y el director te ha creído?

Alison alzó el mentón.

—Averígualo tú misma, Rosa —respondió—. Espero que ahora sí estemos a mano después de las cosas que te he hecho.

¿Qué si estaban a mano? Acababa de salvar su carrera. Se abalanzó sobre Alison y la abrazó.

—Gracias —volvió a repetirle.

—Me arrugas la ropa, Rosa —rezongó.

Bueno, una persona no podía cambiar el cien por ciento. Ella se apartó.

—Oh, lo siento...

Alison irguió los hombros y tomó la postura soberbia que utilizaba hacía quince años atrás. Curvó los labios en una especie de sonrisa y se marchó.

Respiró hondo. Golpeó la puerta del despacho del doctor Karson e ingresó. Él estaba detrás del escritorio observando la pantalla del ordenador. El director levantó la vista y le sonrió, luego le pidió que tomara asiento. Él esperó que ella comenzara a hablar.

—John me robó mi investigación —dijo de una vez.

Maldijo por decir lo que había planeado no decir. El doctor Karson giró la pantalla del ordenador hacia ella. Él estaba mirando el video que Charly, el cuñado de Alison, había filmado la noche de la cena. Aparecía la escena en la que Alison se había quemado y el video tenía la fecha registrada. Agradeció que Charly estuviese con su cámara esa noche.

—La mujer que se acaba de ir de mi despacho me mostró como quedó su brazo después de la quemadura que sufrió esa noche. ¿La fórmula es suya, doctora Cooper?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, es mía —afirmó—. No es la primera vez que John me roba una fórmula.

El doctor Karson unió sus manos en forma de plegaría y miró hacia el techo.

—¡Gracias a Dios! —Exclamó—. Sabía que ese inútil no podía crear nada bueno. Saber que él ocuparía mi puesto, me estaba quitando el sueño.

Su ceño se frunció.

—¿Cómo dice?

—La única razón por la que él fue uno de los postulantes, es porque su familia hace grandes donaciones para las investigaciones que hacemos —le confesó—. Fijé mi confianza en usted, doctora Cooper, que su mente brillante impediría que John ocupara mi silla.

Ella se quedó boquiabierta. No esperaba que uno de los científicos más importantes se dirigiera hacia ella con esas palabras.

—No sé qué decir...

—Que esta es la excusa perfecta que tendrá el directorio para echar a John.

Empezó a oírse en la oficina como Bobby, el perro de los hijos de Alison, comenzaba a excitarse con su pierna. Sus mejillas se sonrojaron. Ella señaló la pantalla con el dedo.

—Ya puede apagar el video, doctor Karson —le pidió, azorada.

—¡Oh, claro! —Él sacó la filmación—. Ahora sé que no debo invitarla a mis barbacoas, doctora Cooper, no sea cosa que me las arruine —se mofó.

¿Qué debía responder a eso? Él seguía siendo su jefe. Hubo un silencio incómodo.

—¿Puedo hacerle una pregunta, doctor Karson?

Él asintió con la cabeza.

—¿Por qué insistió que el doctor McBelle trabajara conmigo en la investigación?

—Porque esa fue la condición que puso para trabajar en nuestro laboratorio —le hizo saber—. No iba a dejar que un científico como él se fuera con la competencia, doctora Cooper.

Ella no pudo evitar sonreír. Thomas había hecho bien su trabajo, era un perfecto acosador.

19. NADA ESTÁ PERDIDO

Tres meses después...

LA CEREMONIA de la boda había sido emotiva. Ella se acomodó los bolados de su vestido melocotón, mientras buscaba la mesa que Violette le había reservado en el banquete. Su madre no exageró cuando dijo que sus damas de honor usarían vestidos muy pomposos. Hizo un esfuerzo sobrehumano para pasar entremedio de dos mesas. Finalmente, había hallado su sitio. Esbozó una amplia sonrisa cuando leyó las etiquetas de los otros lugares. ¡Ella era la única mujer! Ni si quiera conocía a esos invitados. Unas de las sillas no tenía nombre. Rogó que Violette no hubiera invitado a Robin.

Echó un vistazo hacia la mesa de los novios. Su madre se veía muy feliz. Violette la miró y le levantó los pulgares, luego le hizo una seña para mostrarle que sus primas estaban bien lejos de la mesa de los solteros. Puso los ojos en blanco y se sentó. Le arrancó al vestido, en la zona del pecho, una de las mariposas que empezaba a estorbarle. Se llenó la copa de vino y bebió un sorbo.

Los otros integrantes de la mesa empezaron a llegar. La elección de Violette había sido variada y para todos los gustos: un bohemio de pelo largo, un rockero que se había adueñado de la botella de vino, un aburrido banquero, abrió grande los ojos cuando llegó Daniel, el gigoló. ¿Era en serio? ¿Su madre quería a uno de esos hombres como padre de sus nietos? Cuando les preguntó de dónde conocían a los novios, ellos le respondieron que habían salido de una página de citas. Soltó un bufido. Y todavía quedaba una silla sin ocupar. La que no tenía cartelito. Cruzó los dedos para que ese asiento no fuese de Robin.

Le pidió al camarero que le trajera otra botella de vino. Le lanzó al rockero una mirada amenazadora por si intentaba quitársela. Ella la necesitaba más que él.

—Lamento llegar tarde, mi vuelo se retrasó —dijo el invitado que faltaba.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente. Se empinó la botella y bebió un largo trago, luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Qué haces aquí, Thomas?

—Los novios me invitaron.

Ella echó una ojeada hacia atrás por encima del hombro, y esta vez fue Mike quien le levantó los pulgares.

—¿Por qué has venido, Thomas? —Le cuestionó—. Y no me digas porque te gustan las bodas.

—Vine porque quería verte —respondió—. Te extrañé, Rosa.

—¡Hey! —Exclamó, Daniel, el gigoló—. Esta chica es mía.

—Cierra el pico, Daniel, o no te pagaré el taxi para que regreses a tu casa —gruñó, exasperada

Él alzó sus manos y le pidió a Thomas que continuara.

—Lamento haberme ido como lo hice, Rosa.

Thomas hizo una pausa y se acomodó el nudo de la corbata. Él se había vestido muy guapo.

—Sigue... —lo instó a que continuara.

—Me gustaría seguir hablando, pero en privado —susurró.

Ella se dio cuenta que el resto de los integrantes de la mesa estaban muy atentos a su conversación. Estuvo de acuerdo en ir a un sitio más privado y se dirigieron al parque, donde los novios habían estado sacándose fotos hacía unos momentos. Thomas la sujetó del brazo cuando se tropezó con el vestido. Él apretó los labios para no reírse.

—Sí te ríes, te golpeo y ya has probado que mis puños son letales —le advirtió.

Él se rompió a reír.

—Que me amenace una persona que parece que está metida dentro de una fresa, no es muy aterrador.

—Y eso que le rogué a Violette que no le pusiera plumas al vestido.

Thomas la miró a los ojos y le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Supe que desenmascaraste a John y que ahora eres la nueva directora del laboratorio R&C. Felicidades, doctora Cooper.

—Alguien me aconsejó que debía enfrentar a mi verdugo —repuso—. También recibí un poco de ayuda cuando le enseñaron al director que mi fórmula funcionaba.

Thomas enarcó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Gracias, Thomas.

Él le rodeó la cintura con un brazo y la apretó contra su pecho.

—Bueno, como ahora eres la nueva directora, esperaba que me regresaras mi puesto en el laboratorio.

Su ceño se frunció.

—¿Qué pasó con Nueva York?

—Renuncié —le contó.

—¿Eso significa que estás de paro?

Él asintió con la cabeza.

Ella se llevó el dedo índice a la mejilla e hizo un gesto pensativo.

—Sabe muy bien doctor McBelle, que con mi nuevo cargo no puedo mostrar preferencias por nadie.

—¿Tampoco si recibe algo de soborno?

Sus labios se curvaron en una especie de sonrisa.

—¿Qué clase de chantaje estamos hablando? —quiso saber.

A ella le gustó el brillo pícaro de sus ojos. Thomas inclinó la cabeza y la besó hasta dejarla sin aliento, luego le rozó la oreja con los labios.

—¿Qué dice ahora, doctora Cooper? ¿He recuperado mi puesto?

Ella se humedeció los labios, esbozando una seductora media sonrisa.

—No está nada mal, doctor McBelle, pero todavía no estoy muy segura.

Él entornó los párpados y sujetó su rostro entre sus manos, y esa vez, su beso fue más suave y delicado.

—¿Ahora no estuvo nada mal, verdad, doctora Cooper?

Ella había lastimado su ego de macho. Empezó a oírse la música de la pista.

—¡Es salsa! —gritó.

Las cejas de él se unieron.

—¿Salsa? —Repitió—. ¿Así calificas mi beso?

Sacudió la cabeza.

—La música que se oye es salsa —le explicó—. ¡Me encanta la salsa! —exclamó emocionada—.

Con Violette somos unas expertas en ese ritmo —le contó, haciendo unos movimientos de brazos.

—Espero que me estés haciendo unos pasos de flamenco, cariño —replicó él.

—Sígueme a la pista, guapetón —musitó—. Y recuperaras tu puesto cuando esta noche me lleves a la cama —agregó como una tigresa.

Se levantó el vestido del suelo y empezó a correr hacia el salón de baile.

—No corras con ese vestido, Rosa —le gritó Thomas a sus espaldas—. O vas a...

«PLAF».

—O vas a caerte —añadió él.

EPÍLOGO

THOMAS le rodeó los hombros con un brazo y la apretó contra él, mientras observaban como Jane se unía a su nueva familia. Finalmente, ella era libre. Había regresado a su hogar.

—¿Crees que Jane estará bien? —preguntó, en un tono entristecido.

Thomas le alzó el mentón con un dedo y la obligó a que lo mirara.

—Sí, cariño, ella estará bien.

Habían llevado a Jane a una reserva natural de África. Sabía que era lo mejor para ella, pero no podía dejar de pensar que iba a extrañarla.

—Debemos irnos... —dijo él.

Ella estuvo de acuerdo. Se subieron al Jeep. El guía les hizo un recorrido en la reserva antes de regresarlos al hotel. El sitio era mágico y precioso. Observaron a una manada de cebras correr por el campo abierto. Ella se sujetó el sombrero cuando el coche dio un salto. Se emocionó al ver los elefantes. Thomas no podía creer que ella estuviera llorando de la emoción. Él había logrado derretir el hielo de la respetada doctora Cooper. El guía detuvo el Jeep cuando una jirafa se atravesó en el camino.

—¿Podemos acariciarla? —le preguntó.

El guía asintió con la cabeza e hizo que la jirafa se acercara. Ella extendió un brazo y le acarició el largo cuello. De repente, su teléfono empezó a vibrar. Mensaje de Violette:

«Galletita, no te olvides de pedirle a esas tribus africanas que te ayuden a concebir mi nieto».

Miró al cielo y pidió paciencia. Ni estando en otro continente su madre la dejaba en paz. Violette siguió escribiendo:

«Mike pregunta si es cierto que existe el viagra natural. Sí, Rosa, tu madre también tiene sexo».

¡Oh, por Dios! Violette era incorregible.

«—Emotición con cara de náuseas—. ¡Mamá!»